

El Rey de la Plata



EDWARD G. ROBINSON
BIBI DANIELS



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE-Paseo de la Paz, 10 bis-Tel. 16841-BARCELONA

El rey de la plata

Sensacional asunto, aleccionador y de extraordinario interés.

Dirección de ALFRED E. GREEN

En un film de la famosa marca

WARNER BROS-FIRST NATIONAL

Distribuido por

WARNER BROS-FIRST NATIONAL FILMS, S. A. E.

Paseo de Gracia, 77

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Edward G. Robinson

Bebé Daniels

Alice Mac Mahon

etc.

Rosa Soler



El rey de la plata

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Estados Unidos, la vasta región americana a la que se considera como el país más rico del mundo, no debe su grandeza y su prosperidad únicamente a las grandes figuras de que está llena su historia, a esas grandes figuras que han alcanzado los más altos puestos entre sus compatriotas y que con su valor, con su ciencia, con sus cualidades excepcionales, han honrado a su patria, la han enaltecido, la han dignificado. Su poderío, su grandeza, sus vastas riquezas se deben también a la inmensa masa anónima del pueblo que con una osadía y una constancia admirables, luchó y trabajó en los principios de su civilización para arrancar a las entrañas de la tierra los inagotables tesoros que en ella se encerraban.

Entre esa masa anónima crecie-

ron también grandes figuras, unas que pasaron inadvertidas, dejando como único legado el descubrimiento de unas cuantas minas que ni siquiera llevaron el nombre de su descubridor, otras que metieron mucho ruido en su época y quedaron luego relegadas al olvido como un trasto inútil, otras que vivieron y murieron desconocidas, incógnitas, pero que contribuyeron con su trabajo constante y valeroso a enriquecer a su patria, a hacerla grande, a ensanchar sus horizontes lanzándose a la aventura hacia tierras desconocidas, pasando las más crueles penalidades para conquistar un poco de terreno o para encontrar el soñado vellocino de oro.

Entre esas figuras se destacó la de un hombre que, de simple minero, llegó a senador, adulado por

el pueblo, enaltecido por sus paisanos, encumbrado por la política que en todo tiempo ha hecho víctimas y que, más tarde, se vió despreciado por aquellos a los que él había ayudado y protegido. Figura original, atractiva, de gran vitalidad la de aquel hombre ingenuo y fuerte al mismo tiempo, que creía en todo, que tenía en sí mismo una gran confianza y que fundó, él solo, con su propio esfuerzo y con su ánimo incansable, la ciudad de Denver, en la que aun quedan algunos recuerdos legados por aquel Mecenaz salido de la nada.

Inspirada en aquella figura atractiva e interesante está esta película, realizada con insuperable acierto por la Warner Bros, cuyo argumento relatamos a continuación.

CAPITULO PRIMERO

El nutrido grupo de colonizadores se había hecho sus tiendas junto a las márgenes del Colorado, atraídos por el rumor de que en aquellas arenas del río había oro, mucho oro, y que en las entrañas de las altas montañas que cerraban el valle había también rico mineral con el que podrían labrarse una

fortuna y, en pocos meses, regresar a sus hogares, abandonados porque el hambre y la miseria se habían adueñado de ellos, con el bolsillo lleno de dólares con los que poder labrar un hogar feliz en las mismas ruinas del misérrimo hogar de antaño. Pero como las gentes que allí se habían reunido no eran, ciertamente, lo más florido de la sociedad, ni siquiera pequeños burgueses ambiciosos, sino que eran lo más miserable, lo más ruin de cada Estado, las disputas entre ellos eran continuas, los crímenes se sucedían con frecuencia por la más leve discusión y la vida se iba cada vez poniendo más dificultosa para convivir en aquel ambiente en el que la miseria, la ambición, el trabajo esforzado y muchas veces estéril, las enfermedades y el hambre exacerbaban de un modo cruel todos los males.

Para poner fin al estado de cosas que ya estaba en la más alta tensión se reunieron en la taberna—una tienda infecta y sucia donde se vendía un mal vino capaz de quemar el estómago mejor templado—todos los hombres de la pequeña colonia para discutir la cuestión y tratar de hallarle remedio.

Uno de ellos, el que parecía tener un poco más de autoridad, se encaramó en una silla, dió grandes voces para que los demás guardaran silencio y, cuando lo hubo conseguido, les arengó en esta forma:

—St. Charles tiene una reputación pésima de costa a costa. Todos saben que en esta pequeña colonia que nos pertenece, las riñas y los asesinatos son el pan nuestro de cada día. Con esta fama nadie querrá venir aquí. Nadie vendrá a sustituir a los que se van marchando para siempre... Nos quedaremos solos, abandonados de todo el mundo y pereceremos de hambre, sin socorro y sin ayuda. ¡Hay que poner orden a estas cosas!... Hay que inspirar respeto entre nosotros... Yo creo que lo mejor sería cambiar el nombre del pueblo y entonces empezar cuenta nueva. St. Charles tiene mala fama; si le cambiamos el nombre a la colonia y nos comportamos como hombres, no como fieras, despertaremos la confianza de los Estados y nos ayudarán como a los demás colonizadores. ¿A quién se le ocurre un nombre? ¿Quién sugiere un nombre capaz de dignificar nuestra pequeña colonia?

Nadie contestó, todos se miraron perplejos entre sí y se callaron.

—Como única mujer aquí presente—siguió diciendo el orador improvisado, dirigiéndose a la tabernera—, ¿qué nombre sugiere?

—A mí... —respondió la buena mujer, titubeando un poco—. A mí me gusta el de St. Charles.

—¡Fuera!... ¡Fuera!... —gritaron de todas partes, burlándose de la poco original sugerencia de la tabernera.

—¡Que hable Yates Martin! —gritó alguien desde un rincón de la taberna—. ¡Pero antes dadle unas copas!

Yates Martin era un hombre robusto, de talla pequeña y fuerte, rostro moreno con facciones de ogro y expresión de niño. Era muy apreciado entre sus compañeros de trabajo por su bombría de bien, su optimismo constante, que no desfallecía jamás, por su generosidad y por su charla simpática y alegre... sobre todo cuando llevaba en el cuerpo una copa más de lo que podía dignamente contener.

Yates bebió una copa de "buen vino", como él llamaba a aquella bebida infecta, se encaramó sobre la mesa, rió francamente, con una carcajada sonora y contagiosa, y dijo:

—No quiero contradecir a una

dama, pero... pero quiero hacer constar que en St. Charles no hay santos, ¿eh?... Yo creo que... Veréis; los que venimos de Kansas... y hay bastantes aquí...

—¡Sí, sí! — gritaron de todas partes los que se creyeron aludidos.

—Pues bueno, los que venimos de Kansas apreciamos mucho al gobernador del Estado... ¿Por qué no llamamos a nuestra colonia Denver, como se llama él?

—¡Sí, sí, muy bien, muy bien!... Que se llame Denver.

Yates sonrió, satisfecho de su éxito, abrió los brazos como si quisiera estrechar en ellos a toda la concurrencia, y se bajó de la mesa.

El orador que les había arengado y que estaba empeñado en hacer de la colonia un lugar respetado, continuó diciendo:

—Ahora, para poner algo de orden, hay que nombrar un alcalde interino que se ocupe de todo... Y yo propongo a Yates Martin como primer alcalde de Denver.

Una nutrida salva de aplausos acogió estas palabras y aclamaron unánimemente a Yates Martin, al que todos querían.

Yates volvió a subirse a la mesa, volvió a sonreír con su boca gran-

da, que dejaba ver unos dientes blanquíssimos bajo el espeso bigote y, rascándose la cabeza para que acudieran a ella más rápidamente las ideas, comenzó a decir, emocionado:

—No sé qué deciros, amigos míos... ¿Pero yo pago las copas de todos!... Vais a ver muy pronto una gran ciudad en este lugar... Una ciudad al lado de la que las otras, aun las más grandes, parecerán aldeas... Tengo tierras en Kansas, pero no pueo volver allá jamás; mi vida está ahora aquí, y la emplearé en hacer grande este pequeño pueblo que me entregáis hoy tan generosamente... Yo sé que en estas montañas hay oro en cantidades fabulosas... Todos nos haremos ricos... Todos... — balbuceó, sin saber qué decir más, y sonriendo feliz, añadió—: ¡Bueno, yo os pago otra copa!...

Bebieron abundantemente a la salud de Yates, de cada uno de sus amigos, de cada una de las mujeres de sus amigos; bebieron por la prosperidad del pueblo, por el engrandecimiento de la colonia, por el triunfo de Yates... Bebieron hasta que ya no quedó ni vino ni agua en la taberna, porque la taberna tenía la mala costumbre de bauti-

zar el "buen vino" que daba a sus parroquianos para que no les hiciera tanto daño, y cuando ya no les quedó más que el garnate seco y el entendimiento un poco turbio, se retiraron a sus casas.

Yates llegó a la suya dando traaspies. Se descalzó, bebió un poco de agua que tomó del aljibe, procuró llegar hasta su dormitorio sin meter ruido para no despertar a su esposa, tomó su ropa de noche con sumo cuidado y quiso desvestirse sin ser visto ni oído; pero, ¡trabajo inútil!... Estaba tan bebido, que no podía hacer nada a derechas, tropezaba con todos los muebles, por doquiera hacía ruido y, por fin, logró despertar a su esposa, que dormía apaciblemente junto a la cuna de su hijito.

Sara estaba acostumbrada a ver a su esposo en aquel estado; estaba acostumbrada, pero aún no había logrado perdonarle que se entregara tan incondicionalmente a aquel vicio que arruinaba su salud. Sara era una mujer ordenada, pacífica, sin grandes ambiciones, amante del hogar y dichosa si podía ganarse unas pesetillas y ahorrarlas para la vejez; todo lo contrario de su marido, que era un manirroto, un pródigo, un fanfa-

rrón que todo lo hubiera dado a cambio de un poco de halago o de adulación, y que no se acordaba nunca del día de mañana, viviendo sólo en la hora presente y procurando que todos le admirasen y le quisieran aun a costa de sacrificar a esta vanidad el bienestar y la tranquilidad de su vida.

Sara se incorporó en el lecho al oír a su marido, le miró con ojos llenos de tristeza, y luego, un poco enojada, le increpó:

—¿Piensas pasarte toda la noche de pic sin dejarnos dormir?

—¿Eh?... ¿Quién me habla? — preguntó Yates, con la voz ronca y la lengua torpe.

—¿No me conoces? ¡Mirame bien! — exclamó Sara, hurlona—. Soy yo, Sara, tu mujer... y ese es tu hijo Mark — añadió, viendo que Yates se acercaba a la cuna del niño y le miraba con curiosidad, como si jamás le hubiera visto.

—¡Ah... sí!... ¡Ya! Perdóname, Sarita, es que hebi dos copas con los amigos, ¿sabes?... Deberías estar orgullosa de mí, en lugar de mostrarme enojada...

—¡Ya sé!... ¡Te han hecho alcalde! — exclamó Sara, que conocía bien a su marido y sabía cuál era su punto vulnerable.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? — preguntó Yates, asombrado de que su mujer estuviera ya enterada del acontecimiento.

—¡Hombre de Dios!... ¡Si dondequiera que estamos más de dos días te hacen alcalde!

—¿Y qué culpa tengo yo? Eso te demostrará que he nacido para marchar a la vanguardia...

—Sí, a la vanguardia de los bebedores, si acaso — exclamó la pobre Sara, llorosa, al ver el estado en que se hallaba su marido.

—No, tonta, no te pongas así. Ya verás cómo llegaremos muy lejos.

—Y, entretanto, pasaremos pronto hambre... No debíamos habernos movido de Kansas. Allí teníamos nuestra casita, nuestra pequeña huerta, nuestras aves de corral; podíamos haber prosperado poco a poco y enriquecer la granja hasta hacerla una de las mejores del Estado; pero ¡esa maldita ambición del oro!...

—No digas locuras, Sara; no maldigas una ambición tan digna que nos hará pronto ricos de veras.

—¡Ricos! Hemos gastado ya todo el dinero que teníamos. Tú lo has gastado en minas inservibles... ¡Te han engañado siempre!... Pero,

mira, aun es tiempo, aun nos queda lo bastante para volvernos a Kansas — dijo Sara, poniéndose mimosa para convencer a su marido.

Yates la miró un poco turbado, un poco compasivo y, bajando los ojos con rubor, dijo, casi con miedo:

—Ya no nos queda ese dinero, Sara... Estuve hablando con unos amigos que encontré, y...

—¿Has comprado otra mina!...

—Sí — afirmó Yates, mirando ya frente a frente a su mujer para dominarla o para contagiarle su optimismo.

—Pero ¿qué va a ser de nosotros, Yates?... ¿Qué va a ser de nosotros? — clamó la pobre mujer, deshecha en llanto.

—No seas tonta — le dijo su marido, abrazándola con amor—. ¡Tú aguanta a mi lado y verás cómo nos entierran en ataúdes de oro!

—¡Y mientras tanto vivimos por gracia de la Providencia!... Te has dejado engañar otra vez, Yates.

—A mí no me engaña nadie, ¿entiendes? — exclamó Yates, enérgico—. Aquí alrededor hay oro... Esta nariz que Dios me ha dado sirve para estornudar y para oler el oro. ¡Verás cómo pronto seremos ricos!

Se acostó al lado de Sara y no tardó en quedarse profundamente dormido, como si sobre su cabeza no pesara preocupación ninguna, como si el porvenir se abriera ante él con los más despejados horizontes, como si el arca estuviera llena de dinero y la miseria no llamara a las puertas de su hogar arruinado.

A la mañana siguiente vinieron unos amigos a despedirse de Yates Martin.

—Nos vamos a Leadville. ¡Allí sí han hallado oro! Todos se marchan de aquí, porque dicen que en estas montañas no hay nada, ni carbón. ¡Nos vamos!

—¿Se van ahora? — preguntó Yates, estupefacto—. Entonces quizás nosotros nos vayamos también...

—Pero piensa lo que dices, Yates. Si apenas nos hemos instalado aquí... —intervino Sara.

—¡Buena, pues nos iremos, y basta! Piensa tú que Mizner sacó mil dólares en dos días.

—¿No será eso un nuevo engaño?

—¿Y quién es capaz de engañarme a mí?

—Pero, Yates, atiende a la razón... ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Siempre de un lado para otro, sin

sosiego, sin reposo, sin tiempo para apreciar si en realidad hemos acertado con la soñada mina!

—¿No te están diciendo que todos se marchan? ¿Pues qué quieres que esperemos?

—Buena, pues podemos marcharnos si crees que es el único camino; pero yo estoy pensando una cosa... Allá quizá tampoco haya oro, pero yo creo que no es el minero el que se hace rico, sino el que le vende las vituallas.

—¿Las tabernas, quieres decir?

—¡Claro! Una taberna bien surtida donde se encuentren buenos comestibles y buen vino... Si vamos a Leadville, ¿por qué no abrimos una tienda? Yo guardaba doscientos dólares para volver a Kansas, a nuestra casita; pero si tú quieres te los daré gustosa para que abramos esa tienda de que te hablo.

Yates Martin se quedó silencioso un rato, pesando las palabras de su mujer. Luego sonrió, como era en él habitual, con su franca sonrisa llena de ingenuidad, de optimismo y de simpatía:

—¿Yates Martin, comerciante?

— se preguntó a sí mismo.

—Seguramente sería este el único medio de prosperar — insinuó su mujer.

—Bueno, ¿por qué no?... Lincoln empezó cortando árboles... ¡Yo empezaré cortando jamón y escanciando vino!... ¡Magnífico!

Abrazó a Sara, le hizo dar unas vueltas suspendida en sus brazos y se quedó tan satisfecho como si su mujer le hubiera descubierto el secreto de la mina más rica de todo el país.

CAPITULO II

Con los aborritos que Sara tan codiciosamente guardara hasta entonces y la fantasía inagotable y fecunda de Yates, armaron en Leadville una tienda muy bien surtida en la que los parroquianos encontraban todo cuanto querían y, sobre todo, encontraban facilidades maravillosas para pagar el gasto que en ella hacían.

Sara no era partidaria de fiar las mercancías, y, cuando ella se encontraba sola tras el mostrador, no permitía que saliera ni un grano de café si no lo pagaban al contado; pero cuando era Yates el que servía a la parroquia, las cosas iban de muy distinto modo. Algunas veces Sara podía poner un pequeño dique a la generosidad casi inconsciente de su marido, vigilando des-

de la cocina y dando algunas órdenes oportunas en el momento preciso en que el buen tendero se jactaba de darlo todo sin exigir nada; pero casi siempre era desatendida o, peor aun, regañada por aquel al que quería salvar de su propio defecto. Yates era bueno, demasiado bueno; y Sara le amaba por aquella bondad de niño grande, por aquella ingenuidad y aquella hombría de bien que captaba todas las voluntades y, por eso, porque le amaba y le daba pena ver que algunos abusaban de su bondad, quería a toda costa imponer su razón a la ingenua despreocupación de Yates.

Eran dos temperamentos totalmente opuestos. Sara era una mujer práctica por excelencia; Yates, un despreocupado, un manirroto, un fanfarrón incorregible. Sara era la mujer quieta y dulce, la perfecta mujer que labra un hogar dichoso si encuentra quien sepa secundarla; Yates era el perfecto tipo del pródi-go, el hombre que no tenía nada para sí, que todo lo daba a los demás sin preocuparse nunca ni del lugar ni de las propias necesidades.

Sus compañeros, que le conocían a fondo y sabían explotar su candor de niño y su afán de exhibicio-

nismo y de adulación, encontraban siempre el medio de despertar en él el orgullo que hablaba con más fuerza que todos los demás sentimientos, y apoyados en aquel muro seguro, cometían las mayores iniquidades, que eran siempre en detrimento del bienestar de Yates Martin y de su familia.

Yates llevaba las cuentas de una manera fantástica. Sara las llevaba con cordura, mirando siempre de ganar unos centavos de más, si el cliente se dejaba llevar por su palabrería expresiva, que muchas veces lograba convencer.

—¿Cuánto te debemos? — preguntaron unos clientes a Yates Martin, que aquel día estaba de guardia tras el mostrador, mientras su mujer remendaba la ropa en la trastienda.

—Vamos a contar — replicó, riendo, Yates.

—Empieza: dos sacos de harina; doce libras de jamón...

—¡Quince libras! — gritó Sara desde su puesto, corrigiendo—. ¡Quince libras de jamón, Yates, ni una menos!

—¿Quince libras? — preguntó Yates, haciendo un gesto significativo con los ojos, como poniendo en duda la veracidad de su mujer.

—Si la señora lo dice... verdad será — replicó el cliente, que sabía muy bien que no se engañaba a Sara con la misma facilidad con que se engañaba a Yates.

—Bueno, pues pongamos quince... Son — concluyó diciendo Yates, después de haber sumado con trabajo lo que importaba el total de las mercancías —, son sesenta y cuatro dólares.

—Pero ahora no le podemos pagar ese gasto... Usted sabe que prometimos pagarle cuando encontráramos oro...

—¡Está bien; ya sabéis que yo os fio... Mirad, vosotros sois dos y yo uno... Dos y uno tres, ¿verdad? Pues me pagáis a tercera parte de lo que encontréis cuando halléis el oro y... ¡cuenta saldada!

—Si así quieres tú... nosotros no tenemos inconveniente...

—Pues firmad este papel comprometiéndoos a pagar como yo digo.

Los clientes se miraron uno a otro con estupor, ante la ingenuidad de aquel hombre que fiaba tanto en la ajena palabra; firmaron el papel, dispuestos a no cumplir nada de lo que en él se estipulaba y sabieron de la tienda frotándose las manos de placer.

—¡Adiós, muchachos! — les gritó Yates desde la puerta—. Vuestra cuenta está pagada... ¡Ganaremos o perderemos juntos! ¡Magnífico!...

Luego entró de nuevo en la tienda, llegó hasta donde estaba su mujer y le preguntó de mal humor:

—¿Por qué les reclamaste las tres libras de jamón?

—Es verdad, fué una tontería — replicó Sara, irónica—. Nunca nos han de pagar... ¡lo mismo daban doce que quince!

—¿Por qué hablas con tanta amargura? Ellos vienen a comprar a mi tienda porque me conocen y me quieren... Yo les fío las mercancías porque ellos son mis amigos... Hay que fiar a la gente, si no, no hay negocio que resista. Tú no entiendes de estas cosas... Verás, cuando ellos regresen, seremos felices. ¡Traerán tanto oro que podrán enterrarnos en ataúdes de oro!...

—Pero ven acá, infeliz. ¿Para qué tantas ilusiones, si tú sabes que nunca vuelve nadie a pagar lo que nos debe?

—Hazte cargo de que el pueblo está pasando una crisis enorme; el pueblo está arruinado; ¡pero cuando encuentren oro!...

—¡Arruinado!... Claro, como que en esas montañas no hay más que peñas duras, sin valor ninguno... ¡No hay oro en esta tierra!... Si lo hubiera, ya lo habrían encontrado.

—Lo encontrarán, Sara, lo encontrarán y, cuando lo encuentren, nadaremos todos en dinero.

Sara lanzó un profundo suspiro, tomó a su hijito en brazos, lo sentó ante la mesa y puso a su alcance una escudilla con alubias. El niño las revolvió con la cuchara y, en su media lengua, dijo a su madre:

—¡Mamá, siempre me das lo mismo!

—¡Ah, hijo mío!... Tu padre es un gran personaje, ¿sabes?... Y por eso has de comer judías a diario, mañana, tarde y noche... Ya sé que comiste judías ayer y anteayer, y que mañana volverás a comer judías; pero, hijito, por algo eres el hijo de un personaje... Cuando se tiene un padre célebre, no se tiene derecho a quejarse de la suerte... Pero no te apures, mi vida, eso ya se acaba — añadió, mirando tristemente a su alrededor y mostrando la alacena vacía, el fuego apagado, las garras de la miseria que se hincaban con saña en su hogar. —Eso ya se acaba... ¡Entonces ten-

drás que comer la corteza de los árboles!

El niño, que no comprendía la charla de su madre, que no tenía aún capacidad para medir toda la honda tristeza que encerraban aquellas palabras llenas de amargura, replicó:

—Yo quiero jamón, mamá; a mí me gusta el jamón...

—También me gusta a mí, hijo mío... Antes lo podíamos comer, pero tu padre ha preferido darlo a aventureros que buscan oro, que prometen mucho y que no pagan nada... ¡Ellos se lo han llevado todo! ¡Nosotros no tenemos ya que comer!

—¿Qué dices, Sara? — preguntó Yates Martin, entristecido súbitamente, al ver el desconsuelo de su mujer—. ¿No hay jamón en la tienda?

—En la tienda no hay nada... ¡Está vacía! ¿No ves, hijo? — preguntó, hablando siempre con el niño, para que las palabras llegaran más a lo hondo del alma del padre. —La tienda está vacía porque tu padre tiene que ser popular entre la gente y, para ser popular, hay que darlo todo... hasta arruinar a su mujer y a su hijo...

—No te apures, Sara, no te apu-

res; verás cómo pronto mejoraremos — intervino Yates, enternecido.

—No, no mejoraremos — insistió Sara—. Cada día seremos más pobres por tu obstinación... Todo el mundo se marcha del pueblo, ¿no ves?... Las chozas están vacías, la miseria reina por doquiera... Yates, sé razonable, tenemos todavía tierras en Kansas que nos pueden devolver la tranquilidad...

—Nadie saca oro cosechando patatas... — repuso Yates, sin querer dejarse convencer.

—¡Y nadie lo saca tampoco donde no lo hay!... Cosechando patatas podremos comer... Excavando en las rocas estériles nos moriremos indefectiblemente de hambre... Aquí no hay oro... Aquí no hay más que rocas y cuentas incobrables...

Sara rompió a llorar, presa de un nerviosismo invencible. Yates la miró, compasivo, miró a su hijo, que devoraba, hambriento, las judías que su madre le había servido: se sintió vencido y humillado; comprendió que había cometido un error.

—Yo quería ser rico para que disfrutaraís vosotros... — dijo, como excusándose.

Sara le vió enternecido, propi-

cio a dejarse convencer por su razón, y, arrodillándose ante él, le rodeó el cuello con sus brazos, le besó con ternura y le dijo:

—Ya has hecho cuanto has podido, Yates... Yo no te reprocho nada... No puedes hacerte rico donde no hay dinero... Yo no quiero la riqueza; me contento con un poco de tranquilidad, con lo suficiente para no morirnos de hambre... No soy ambiciosa... Allí, en Kansas, podemos cultivar nuestro pedacito de tierra, vivir de lo que ella produzca, vender las aves que criemos... No nos haremos ricos, quizá, pero, en cambio, podremos comer cada día... Tú te habías abierto paso en la política allá... Aun podrías llegar a alcalde, quién sabe si a gobernador... —añadió la pobre mujer, tratando de despertar la vanidad de su marido y convencerle mejor.

—No me gustaba mucho aquello... Yo no he nacido para campesino... ¿A ti no te gusta más ésto que aquéllo? ¿No crees que aquí estamos mejor, que tenemos más porvenir que allá?

—No, Yates, no... ¿Por qué no volvemos a nuestra tierra?

Yates Martin, bueno en el fondo, amante de su mujer cuando tenía el

cerebro despejado y no estaba bajo la perniciosa influencia de los halagos de sus amigos, se dejó vencer por las razones de Sara, se dejó llevar por aquella promesa de una dicha tranquila, sin ambiciones ni zozobras.

—Tú fuiste la que quiso abrir esta tienda — dijo, como para no confesarse vencido—. Ya veo que ha sido un fracaso... Bueno, hágase como tú quieres; volvamos a Kansas a cultivar la tierra...

—¡Oh! — gritó Sara, con un grito de triunfo—. ¡Nos vamos a Kansas!... ¡Nos vamos a Kansas!...

Tomó a su hijo en brazos, bailó con él, acariciándole con honda ternura. Ya no tendría que comer alubias a diario su pobre pequeñuelo... Abrazó a Yates. Rió a grandes carcajadas de dicha. Volvió a tomar al niño en sus brazos y lo levantaba en el aire para hacerle reír.

—Nos vamos a Kansas, ¿oyes, pequeño? ¡Nos vamos a Kansas!... le decía, como si el niño fuera capaz de comprender lo que aquello representaba para ellos.

En aquel momento llegaron unos amigos de Yates, que se sorprendieron al ver aquella alegría tan desusada.

—¿Por qué esa alegría?—preguntaron.

Yates tardó unos momentos en contestar, temeroso de mostrar su debilidad cediendo a las insinuaciones de su mujer. Luego, como sin dar importancia al asunto, les explicó:

—Es que nos vamos a Kansas y, como mi mujer ama mucho a su terruño, por esto está tan contenta...

—¿Se van ustedes a Kansas? ¿Tan mal les va por aquí?

Yates miró a uno y a otro con extrañeza, entornó la puerta para que su mujer no pudiera escuchar la conversación, llevó a sus amigos hasta el último rincón de la tienda y les preguntó:

—¿De qué se trata?

—Ayer nos reunimos en Granite City para tratar de arreglar la marcha económica de esta colonia y fué unánime la opinión de que sólo usted puede actuar, honradamente, de tesorero del Condado.

Yates Martin, al escuchar aquellas palabras, se creció de orgullo satisfecho. Ya sabía él que era imprescindible, que sin él nada podía hacerse... Se atusó el bigote, sonrió con su graciosa sonrisa de niño grande y, mirando con cierto recelo a la puerta tras de la cual estaba

Sara preparando sus cosas para emprender el viaje a Kansas, dijo:

—Bueno, mis tierras pueden ceperar... No es tan urgente partir para allá... Me quedaré; me sacrificaré para complacerles.

—¡Muy bien dicho! Nadie hay tan popular como usted en la colonia. Todos le quieren y despierta usted la confianza de todos... Desde hoy es usted el tesorero general del Condado.

Sara llegó a tiempo para oír aquellas últimas palabras. La tardanza de su esposo le daba que pensar y había salido a la tienda para enterarse de lo que ocurría. Con su perspicacia muy femenina lo comprendió todo de una ojeada.

—¿Ya no nos vamos?—preguntó con desaliento dejando caer a lo largo de su cuerpo sus brazos enjutos, fatigados...

Yates Martin y sus amigos se callaron. Sara, mirándoles a todos con los ojos llenos de tristeza, continuó dirigiéndose a su marido, pero hablando consigo misma:

—Nos quedaremos en este cementerio por un título hueco que no da dinero... por un título que han inventado para halagar tu vanidad, pero que sólo te proporcio-

naré disgustos y te costaría dinero... ¡aj lo tuvieras!

—Bueno, calla—atajó Yates, que no estaba dispuesto a escuchar sermones de su mujer—. Prepara algún bocadillo para los amigos y algo con que remojar el gaznate para celebrar este acontecimiento.

—¿Un bocado? Registra toda la tienda y dales tú lo que encuentres—replicó Sara mostrando los estantes vacíos y los cajones exhaustos.

Tomó de nuevo a su hijito en brazos, se lo sentó en la falda, lo acarició con tristeza y le dijo, arrullándolo:

—¡Pobre chiquito mío... ya no nos vamos!... Tu padre es demasiado popular... Tendrás que seguir comiendo judías, mientras las haya... Luego quizá nos moriremos de hambre... pero no importa; lo principal es la popularidad.

—¡Mira, chica, no estoy para monsergas; te he dicho que prepares algo para los amigos!—exclamó Yates Martín que ya quería encolerizarse, sin conseguirlo, pues la cólera no era patrimonio de su temperamento.

—Ya te he dicho que mires a ver si lo encuentras en casa. No hay nada. Ni comida, ni dinero. Si quie-

res, puedes darles las pocas alubias que quedan para tu hijo...

Yates Martín hizo un gesto de indiferencia, acompañó a los amigos hasta la puerta charlando con ellos alegremente y haciendo mil proyectos para lo futuro, envalentonado ya por el alto cargo que le habían conferido.

No hacía más que unos momentos que los emisarios de la voluntad popular habían desaparecido, cuando entraron en la tienda otros dos mineros. Sara les recibió de mal talante. Nunca venían aquellas gentes a traer nada bueno; siempre llegaban a pedir o a desbaratar sus planes, como los de antes.

—¿Qué quieren?—les preguntó sin moverse de su asiento—. Martín está muy ocupado y en la tienda no queda nada que vender.

—No venimos a comprar ni a pedir—replicaron los recién llegados—. Venimos a enseñarle algo que le interesará.

Yates se asomó al oír aquellas palabras. Era un hombre que estaba siempre esperando, siempre confiado en su buena suerte y aquella frase era de buen augurio.

—¿Qué me traéis?—les dijo, alegre y feliz antes de saber de lo

que se trataba, seguro ya de que le traían una buena nueva.

—Mire este mineral. Hemos encontrado muchas toneladas de él...

—¡Oh, qué bueno!... Ya decía yo que algo se encontraría... Sigán trabajando. Acabarán por encontrar algo bueno.

—¡Ya hemos mandado de este mineral a la refinería de San Louis y rinde ochocientos dólares por tonelada!

—¿No lo decía yo?... —gritó triunfante Yates Martin que no entendía ni media palabra en mineral, pero que sabía que su buena suerte había de llegar un día.

—¡A usted le corresponde la tercera parte de lo que sequemos... es lo convenido!

—¡Ya somos felices!... ¡Sara, Sara!—gritó de nuevo tomando a su mujer por la cintura y atrayéndola hacia sí—. ¡Ya hemos encontrado oro! ¡Ya hemos encontrado oro!...

—No; oro, no—corrigieron los mineros—; no es más que plata.

—¿Qué?... ¿Plata?... Bueno, da lo mismo; el caso es que somos ricos... que se acabó el hambre... que ya no comeremos más alubias... Somos ricos, lo mismo que si fuera

oro... Lo dijo el tasador... Lo han dicho los de la refinería de San Louis... ¡Somos ricos!

Parecía haber enloquecido súbitamente, tan grande era la dicha que sentía al ver realizado su sueño dorado, al ver que podía decirle a Sara, a su Sara, desconfiada y pesimista:

—¿Qué piensas ahora de mí?... ¿No soy ya algo más que *popular*? Ya te decía yo que no nos enterrarían en ataúdes de oro... ¡Supongo que ahora me harán caso de todo lo que yo diga!

—Pero, ¿no te han dicho que sólo es plata lo que han encontrado? —arguyó Sara, que no se dejaba deslumbrar tan fácilmente por las apariencias.

—¿Plata?... ¡Bueno, si es lo mismo!... ¡Sólo que lo escriben de distinto modo! —concluyó Yates Martin convencido, en su infantil ingenuidad, de que había dicho una verdad más grande que las del evangelio.

CAPITULO III

La mina producía magníficas cantidades de plata. Yates Martin era el propietario absoluto, ya que

todos los mineros estaban en deuda con él y habían tenido que pagarle debidamente todo lo adeudado. Además, Yates se iba formando una posición peculiar y sobresaliente en la colonia. Su popularidad, ahora mayor porque iba envuelta en plata y la plata es el material que allana todas las dificultades y que vence todos los obstáculos, había crecido hasta el punto de que se le consideraba como si fuera un genio. Todos acudían a consultarle; nada se hacía si Yates Martín no daba su visto bueno; la colonia entera creía y esperaba en él, y él no defraudaba nunca a sus compañeros de trabajo, a aquellos hombres que habían luchado junto a él para arrancarle a la tierra el codiciado tesoro.

Yates Martín era rico y su riqueza aumentaba en forma nunca soñada. Cada día, la cantidad de material extraído de las minas era mayor. Yates podía satisfacer ahora todos sus anhelos de gloria. El pueblo le quería y le designaba para los mejores cargos. En cuanto se había de hacer alguna cosa de importancia era a Yates Martín al que se nombraba presidente y al que se le exponían todas las razo-

nes. En el fondo, todos se burlaban un poco de él, pero todos lo querían. La popularidad y la riqueza no habían cambiado en nada su carácter bonachón, confiado, optimista. Seguía riendo de todo y mostrando su candorosa ingenuidad que chocaba en aquel hombre de apariencia un poco feroz.

La casa de Yates Martín era ahora casi un palacio. Se había trasladado al mejor edificio del pueblo, que había crecido hasta convertirse en una pequeña ciudad, fabulosa para la imaginación de aquellas gentes sencillas que la habían edificado con su propio esfuerzo.

Sara iba vestida como una gran señora, pero aun se acordaba de su época de miseria y le gustaba manjonear ella en la casa, presidir todas las faenas y hacerlas incluso ella misma, pues los criados no solían hacerlas a su gusto. Era una ama de casa un tanto exigente y no tenía paciencia para esperar a que sus órdenes fueran cumplidas. Se levantaba con el alba, limpiaba ella misma la habitación, cuidaba de arreglar a su hijito, que ya comenzaba a ser un hombrecito, y sólo cuando todo estaba en orden se acordaba que era la mujer del "se-

ñor alcalde" y que debía guardar las formas para hacerse respetar de sus conciudadanos.

—¡Mamá!—le gritó el pequeño bajando las escaleras de dos en dos.
—¡Mamá, me voy al colegio!

—Buenos días, hijo. ¿Te has lavado bien? ¿Te has frotado el cuello y las orejas? Ven acá, que te anude mejor la corbata. Has de vestir bien, como hijo que eres del alcalde...

—Y del jefe de Correos—replicó el muchachito, que estaba orgulloso de los títulos de su padre. Y tras un momento de silencio, concluyó—: Y de un comerciante astuto...

—¡Sssssh!—le dijo su madre imponiéndole silencio un tanto enojada.

—Me lo dijo Carl Warren, mamá... ¿Qué mal hay en ello? ¿Qué quiere decir astuto?

—Muchas veces quiere decir un hombre con suerte—explicó la madre—, pero no se lo digas a nadie...

El niño salió camino de la escuela y Sara se quedó meditando en aquellas palabras de su hijo. ¿Astuto Yates?... No, Yates era demasiado noble para ser astuto. La

suerte le había favorecido porque se lo merecía por su gran bondad; pero la astucia no era patrimonio de su carácter. Yates era franco, confiado, abierto de carácter, incapaz de ocultar un mal pensamiento en su imaginación. Los astutos habían sido los otros, los que a costa suya quisieron enriquecerse y medrar, los que le quisieron engañar ciertas veces haciéndole comprar minas abandonadas desde mucho tiempo porque nada producían. Pero como la suerte le había sido propicia y había, por fin, triunfado de la vida, los envidiosos se vengaban ahora llamándole astuto... Sara sabía bien cómo era su marido, sabía la nobleza de su carácter y la rectitud de su conciencia y le dolía que le trataran tan cruelmente. Ella le amaba, ahora quizás con más intensidad que antes, porque antes restaba fuego al amor el frío de la miseria.

Yates Martín, entretanto, seguía atendiendo a sus negocios, inspirado sólo en su intuición y en su buena fe, pues él nada sabía de minas y era incapaz de reconocer, de una sola mirada, el mineral que le presentarían. Esto le había costado algunos disgustillos y alguna pérdida

bastante notable, pero a él no le importaba. ¡Estaba tan seguro de que todas aquellas montañas estaban llenas de plata!... Había que seguir excavando... Si por un lado no daban más que roca, por otro darían el codiciado metal. Ahora que ya comenzaba a tener alguna experiencia y era capaz de no confundir un pedazo de carbón vulgar con un buen lingote de plata, tenía aún más confianza en sí mismo y estaba seguro de que nadie sería capaz de engañarle.

—¿Qué le trae por aquí?—preguntó al ver aparecer a un minero al que hacía mucho tiempo no había visto.

—Mire usted, ¿qué le parece este mineral?

Yates Martin tomó el mineral que le presentaba el minero, lo examinó detenidamente como un gran conocedor y dijo admirado:

—¡Magnífico!... Pocas veces he visto un mineral tan rico como éste.

—Pues la mina da una cantidad fabulosa de él. La semana pasada hemos sacado mil doscientos dólares por tonelada de material.

—La semana pasada saqué yo de la Little Pittsburgh — éste era el

nombre de la mejor mina que poseía Yates Martin—cincuenta mil dólares.

—Ya lo sé... Pero mi mina está en Fryer, muy cerca de su Little Pittsburgh, si usted me la compraba ganaría el doble de lo que gana ahora. ¿Qué le parece?

—¿Y por qué no sigues tú trabajando en ella si crees que yo puedo hacerme rico?

El hombre bajó la cabeza, dió unas cuantas vueltas a la gorra que tenía en la mano, se rascó la frente y dijo:

—Verá, yo no puedo; estoy cansado, viejo... Y además me han escrito que mi mujer está muy enferma y quiero marcharme a mi tierra. Me precisa vender la mina y he querido venir a ofrecérsela a usted antes que a nadie.

—¿Y cuánto pides por ella?

—Cincuenta mil dólares. Vale mucho más; pero a usted se la dejo en este precio...

—Te daré lo que pides para que puedas ir a ver a tu mujer...

Abrió su caja de caudales en donde tenía, sin preocupación alguna, enorme cantidad de dólares y le pagó al contado la cantidad que le pedía por aquella mina des-

conocida para él, pues ni tan siquiera se preocupó de averiguar si existía.

Sara, que había escuchado la conversación y había visto a su marido entregando un fajo de billetes al minero, le tomó por el brazo y le dijo:

—Pero, hombre de Dios, ¿qué has hecho?

—Sencillamente: comprar una mina muy rica.

—¿Y tú sabes si existe?

—¡Claro!... ¿Si no existiera, me hubieran venido a ofrecerla?

—Eres un niño... Yo no me fío de esas gentes... Allí hay alguna triquiñuela. Tú no conoces esa mina...

—Yo sé que en Fryer hay plata y sé también que nunca me he equivocado al comprar—replicó Yates, dejando que hablara su orgullo y sin querer atender a las razones de su mujer.

Sara se alejó dolida y apenada. No comprendía aquel candor de su marido que no sabía ver nada malo y que creía en todos como en sí mismo.

Yates se quedó muy satisfecho, sin querer preocuparse de las insinuaciones de Sara. El había com-

prado una mina y estaba seguro de que en aquella mina habría mucha, mucha plata. Mil proyectos para lo futuro se agolparon en su imaginación ante la perspectiva de duplicar unas ganancias que cada día eran mayores. Embebido en aquellos pensamientos estaba, cuando vinieron nuevas gentes a distraerle de sus ideas.

—Le presento al señor Adams que ha venido exclusivamente de St. Louis para hablar con usted y tratar de un asunto muy importante.

—Ahora no tengo ganas de asuntos importantes—replicó Yates, que estaba contento y no quería que le pusieran de mal humor con cosas que le llenaban la cabeza y le hacían pensar demasiado.

—Pero no se hace un viaje especial para ser desoído. Tiene usted que atender a lo que venimos a proponerle. El señor Adams tiene la palabra.

El llamado Adams carraspeó ligeramente, se estiró la levita, se arregló el nudo de la corbata antes de empezar a hablar y luego, con voz campanuda, dijo:

—Queríamos presentar su candidatura para teniente gobernador del Estado de Colorado. Staton es-

tá seguro de que usted domina la política, de que tiene de su parte la benevolencia del pueblo y su beneplácito. Nosotros necesitamos una candidatura que arrastre a los electores de Lake City y sabemos que el único que puede triunfar es Yates Martin.

Yates Martin se había puesto en pie al oír las palabras de Adams. Estaba resplandeciente de dicha. Su rostro reflejaba la alegría más grande de su vida, la alegría jamás sentida hasta entonces... Su orgullo estaba satisfecho con demasiada... Nunca se hubiera atrevido a esperar tanto... Pero ya sabía él que llegaría muy alto, muy alto; por esto tenía tanta confianza en sí mismo... Ahora sí que Sara tendría que rendirse a la evidencia. Ahora sí que su mujer no se quejaría ya nunca más de su popularidad... De algo le había servido su amable popularidad... ¡Iba a ser nada menos que teniente gobernador!... En su imaginación exaltada y fecunda ya se veía Presidente de los Estados.

Estrechó la mano de Adams en señal de asentimiento; llamó a voces a su mujer:

—¡Sara!... ¡Sara!... ¡Ven a fe-

licitarme! ¡Voy a ser gobernador de Colorado!

—Teniente gobernador — corrigió Adams.

—¿Te convences? — preguntó Yates Martin a su mujer sonriéndole con su sonrisa bonachona y feliz—. ¡Teniente gobernador!... ¿No es casi gobernador?

—Pero aun no sabes si ganarás las elecciones — arguyó Sara que parecía el ave de mal agüero.

—¿Las elecciones? — preguntó Adams interviniendo—. Las elecciones están ganadas, señora. De eso nos ocupamos nosotros.

—¡Organizaré al país de forma que no haya ninguno que pueda competir con él! — exclamó Yates exaltado—. ¡Crearé una compañía de hombres con uniformes y carros de Chicago!... ¡Yo lo pagaré todo! ¡Pagando atraeré muchos votos!... Acabo de comprar una mina que parece será mejor que la de Little Pittsburgh... ¡Si me eligen cederé la mitad de las utilidades al Estado de Colorado!

—¡Muy bien! — aplaudió Adams que estaba encantado del entusiasmo del futuro teniente gobernador.

—¡Muy bien, me parece muy bien que ceda la mitad de las utilidades

al *pueblo* de Colorado! No olvide que las cede al *pueblo*, ¿entiende? Hay que halagar siempre al *pueblo*, que es ingenuo y todo lo cree... ¡Así es seguro que ganaremos!

—¡Ganaremos...! ¡Ganaremos!
—gritó Yates Martin tirando al aire su gorra y volviéndola a coger, demostrando su júbilo con aquel gesto del *pueblo*, del *pueblo* del que él había salido y al que ahora quería favorecer desde la altura de su categoría.

CAPITULO IV

La perspectiva de llegar a ocupar aquel cargo con el que no se atrevía a soñar, hizo cometer a Yates Martin magníficas locuras que fueron la admiración de sus conciudadanos y de las que se habló hasta más allá de las fronteras de su Estado. Pagó, como había prometido, todo un equipo de bomberos, con sus carros y sus uniformes flamantes. Aquello fué el mayor acontecimiento que se había visto desde la fundación de la colonia, convertida en ciudad por el esfuerzo y el trabajo de sus pobladores que, empujados por el ánimo viril e incansable de Yates Martin, ha-

bían puesto todo su orgullo en hacer de aquella colonia minera una de las más importantes ciudades de los Estados.

Yates Martin tenía preparado para su *pueblo* otro espectáculo mejor y más destacado: la inauguración de la nueva mina. Hizo circular invitaciones por todos los hogares; se pusieron pasquines por las calles llamando al *pueblo* para que acudiera a la inauguración de aquella mina que les había de enriquecer a todos. En ellos se decía que habría una orquesta y que hablaría el propio Yates. Aquello despertó la curiosidad general, y el día señalado se congregó en el lugar de la fiesta toda la colonia. Se habían alzado dos tribunas rústicas: una, para la presidencia, en la que, naturalmente, estaba Yates Martin en el sitio de honor; otra para los músicos, que tocaban aires populares de aquella época para que la gente joven pudiera bailar y gozara mejor de la grandeza de la fiesta.

Todo estaba magníficamente preparado por la mano de aquel hombre que sabía gastar el dinero generosamente, a manos llenas, para que todos disfrutaran y fueran felices.

Yates estaba rodeado de los personajes más sobresalientes en la política; se codeaba con ellos ya como un camarada; ellos le trataban con llaneza, atraídos por la simpatía de aquel carácter franco e infantil que se hacía querer de todo el mundo.

—Refrésquense antes de que dediquemos la mina—les dijo Yates ofreciéndoles unas copas—. Luego tengo que hablar yo y entonces no podrán beber a su gusto.

—¿Ya tiene bien preparado su discurso?

—¡Ya lo creo!... No necesito grandes preparativos para hablar a mis gentes. Ellas y yo nos entendemos muy bien.

—No olvide que cede la mitad de sus ganancias al *pueblo* del Colorado, ¿comprende, Yates? No debe usted nunca olvidar al *pueblo* en sus discursos—le dijo Adams, que era un viejo conocedor de todos los trucos políticos.

Mientras los invitados bebían y la gente joven se dedicaba a la dulce expansión de la danza, Yates Martín sintió que alguien le llamaba aparte. Era un minero amigo suyo que le dijo en voz baja:

—Yates, te han engañado... ¡Aquí no hay ninguna mina!

—¡Imposible!... ¡Imposible, George!—exclamó Yates asombrado de aquella noticia dada en las peores circunstancias—. ¿Ya has visto todo el mineral que hay esparcido por aquí?

—Sí, viene de tu propia mina, de Little Pittsburgh... Han robado de allá unas cuantas toneladas para esparcirlas por aquí y engañarte... Hemos excavado, hemos profundizado treinta pies y no hay veta... ¡Te digo la verdad!

Yates Martín permaneció mudo unos momentos, anonadado por las palabras de aquel hombre que llegaban a él en el instante en que más feliz se sentía. Miró a su alrededor, a la muchedumbre congregada para celebrar el hallazgo de aquella mina de la que todos esperaban sacar algún provecho; miró a los personajes políticos que habían venido a honrar la fiesta con su presencia y pensó en el espantoso ridículo en que iba a caer si se descubría la verdad. Tomó a George por el brazo y apretándole con fuerza le dijo:

—Ni una palabra a nadie, George, de lo que acabas de decirme. ¡Que nadie se entere!... ¡Podrían creerme tonto y no lo soy!... Toma más gente y sigue excavando hasta

después de las elecciones... ¡Entonces veremos cómo se arregla esto!

Dejó a George y volvió al centro de la tribuna. Ya todos estaban esperando que Yates pronunciara su discurso y que la mina fuera brindada al público.

Yates Martin sonrió como si nada hubiera ocurrido; sonrió como si acabaran de darle la mejor de las noticias y alzando la voz para que todos pudieran oírle, comenzó:

—Amigos míos: al dedicar esta mina en presencia de ustedes es para recordarles una vez más que si me eligen teniente gobernador cederé la mitad de las ganancias de la mina... para beneficio del es... del pueblo del Estado de Colorado!... Muchos han criticado mi constante optimismo que nunca desfallece. Muchos se burlaron de mí cuando dije que nuestras ciudades superarían a las de Europa... El tiempo ha confirmado mi fe en estos puntos. Tenemos una ciudad populosa en la que empieza a haber magníficos edificios... Y la tierra en que estamos parados ha de producir aún riquezas fabulosas después de las que ya nos ha dado... ¡Espero que también, esta misma tierra fecunda y amable,

producirá asimismo hombres tan puros de alma y de corazón como la plata de nuestras minas!...

Una salva de aplausos coronó las palabras de Yates Martin y, como fin de fiesta, él mismo repartió entre los invitados pedazos de mineral para que pudieran convencerse de la riqueza de la mina...

Nadie puso sospechar, gracias al aplomo y a la serenidad de aquel gran optimista, que Yates Martin había sido engañado por un desaprensivo que, no encontrando oro en las entrañas de la tierra, se había ingeniado para sacarlo del bolsillo del afortunado Yates.

El golpe magistral del discurso pronunciado por Martin en la inauguración de aquella mina de cuyo producto ofrecía la mitad al pueblo, dió el resultado que esperaban los organizadores del homenaje. Verificadas las elecciones, después de una propaganda magnífica llevada a cabo con acierto y destreza, Yates Martin quedó elegido teniente gobernador del Estado de Colorado.

El cargo requería que el ilustre personaje cambiara de residencia y de costumbres. Yates Martin se convirtió en un "gran señor".

Fuese a vivir a un lujoso hotel, del que tomó un piso entero. Compró muebles que le costaron una millonada, sin preocuparse mucho de si eran o no artísticos o de si el estilo encuadraba bien en el marco de su casa. El sólo apreciaba las cosas por su valor material.

—Este piano es de caoba maciza — decía con orgullo—. ¡No lo hay mejor en todo el Estado! ¡Es el que ha costado más caro!

Esta era su gran explicación: *me ha costado tanto; es lo más caro que hay; lo he comprado en tal sitio porque es donde lo venden a precio más elevado.*

Y su casa, arreglada bajo aquella dirección tan atrabiliaria, reunía objetos muy valiosos, pero sin arte ni gusto, de manera que era la comidilla de la sociedad, que había admitido en su seno a aquel hombre salido de la nada en gracia a los millones que sus minas le habían proporcionado.

Sara también había cambiado mucho. Era ahora una dama aristocrática; pero en ella todo era más natural. Con su fina sensibilidad femenina se había sabido adaptar rápidamente al ambiente nuevo para ella y podía recibir a las aristócratas

sin desentonar, poniéndose a la altura de ellas y, muchas veces, evitando burlas acerbas de envidiosas que hubieran cambiado con gusto su abolengo por los doblones de la "parvenue".

—Es usted la mujer más feliz en Colorado—le decía una de aquellas damas que acudían a las recepciones que daba el teniente gobernador en su regia mansión.

—Sí; mi esposo ha sabido rodearme de todas las comodidades. A él lo debo mi felicidad... ¡Y nadie sabe aún hasta dónde puede llegar mi esposo!

—Tíque usted razón. Mi marido siempre afirma que Yates Martin está destinado a subir muy alto.

—Es muy posible. No puede negársele que la suerte le ha favorecido; pero también hay que afirmar que él se lo merece... No ha sido todo suerte. Yates es un hombre de talento y, sobre todo, un hombre muy bueno.

Su interlocutora, envidiosa de aquella mujer a la que todo sonreía, quiso mortificarla, quiso herirla o humillarla y le dijo con cierto tono irónico:

—Quizás llegue algún día a ser

gobernador y entonces usted será la señora gobernadora.

—Para mí los títulos no tienen importancia—replicó Sara sin turbarse, conservando su serenidad inalterable.

—¿No le entusiasma la idea?—preguntó la dama.

—No soy mujer que me entusiasme fácilmente... Siempre he procurado cumplir con mi deber de esposa y de mujer... No hemos tenido siempre la misma posición. Ocupamos ahora un lugar muy distinto al que ocupábamos hace unos años; pero yo he procurado no desentonar nunca al lado de mi esposo y he sido la buena mujer de un minero noble, como soy ahora la esposa digna de una autoridad. Y cualquiera que sea nuestro destino en lo futuro, cualquiera posición que la suerte nos depare, lo mismo si es para mejorar como para volver a nuestra humildad y a nuestra pobreza, siempre sabré conservar mi serenidad, siempre sabré ser la esposa amante del mejor de los hombres.

Aquellas palabras dichas con calor, con apasionamiento y al propio tiempo con un noble orgullo, hicieron camudecer a la envidiosa, que

entabló conversación con otra de las invitadas, mientras Sara marchaba serenamente a recibir a nuevos huéspedes.

Yates Martin mostraba, entretanto, su mansión a los señores, a los nobles caballeros que habían acudido a la fiesta y que se reían interiormente de las bravatas de aquel nuevo rico que mostraba sus riquezas con una inocencia graciosa, con una petulancia ingenua, con un orgullo no disimulado.

—El mobiliario ha venido de Chicago. Costó carito, pero puedo pagarme este lujo. Estas alfombras me las han mandado directamente de Inglaterra; es lo mejor que se hace. ¡Hay que honrar el cargo!... Y yo me he instalado de manera que resulte digno de él.

—Bonito busto—dijo uno de los invitados mostrando una efigie napoleónica.

—Es de plata maciza—explicó Yates Martin que no daba importancia al personaje que representaba, del que jamás había oído hablar, y sólo le daba el valor intrínseco del objeto.

—¿Y este ciervo?

—También es de plata maciza. Es un símbolo de Leadville... y tam-

bién de mi propia fortuna. Leadville y yo lo debemos todo a la plata. ¡Puedo darme el lujo de tenerlo todo de plata en mi casa! Y cuando construya el Capitolio también pondré una enorme figura de plata en él.

—¿Construiremos algún día un Capitolio?

—¡Ya lo creo!—replicó Yates, que no se arredraba ante nada.

—Sí, usted puede proponer el proyecto y si usted lo propone seguramente se hará.

—No sólo lo propondré, sino que lo patrocinaré y pagaré yo los primeros gastos. ¡Por algo soy el rey de la plata!... Miren, esta mesa es toda de ébano; me la han mandado de la India—continuó diciendo mientras iba mostrando uno tras otro todos los muebles de la casa, cada uno de ellos representativo de un puñado de dólares. De pronto vió a su esposa y, mostrándola a sus amigos, les dijo:

—¡Miren con qué elegancia viste ahora mi mujer!... Le han traído seis vestidos de París para que fuera a la última moda. Son los seis de seda, de seda legítima... ¿Por qué no ha de usar mi esposa seda legítima de la China? Tengo dine-

ro bastante para pagarle todos los lujos.

—Nunca habiéramos creído llegar a tener un teniente gobernador de la categoría de usted, Yates. Es usted el hombre que necesitaba el Estado de Colorado. Usted será un verdadero Mecenas para este pueblo que ya tanto le debe.

Yates Martín no sabía lo que quería decir Mecenas, pero comprendió que algo agradable era y se inclinó satisfecho, agradeciendo la frase que él estaba seguro de merecer.

—¡Espero que durante mi permanencia en el cargo—dijo con un poco de énfasis—brillarán aún días más prósperos para el pueblo de Colorado! Doy gracias a todos los que me han elegido y, aunque soy teniente gobernador de todo el Estado, yo no olvidaré nunca a Leadville, la pequeña colonia en la que he sufrido y en la que he triunfado!

—¡Muy bien dicho!—aplaudieron los contertulios—. Todos nos sentimos orgullosos de que le hayan elegido a usted para tan alto honor y todos esperamos que su carrera política le lleve a más altos

puestos para bien de nuestra patria.

CAPITULO V

Aun le esperaban a Yates Martin nuevas alegrías. Aquella mañana cuando se estaba acicalando para acudir al Senado, en donde había sesión, llegó a su casa uno de los mineros de Leadville que se empeñó en hablar en seguida con el teniente gobernador.

—Está ocupado — le afirmó el criado.

—No importa; le traigo buenas noticias y estoy seguro que se alegrará de recibirme.

Yates Martin, al que el orgullo no lo llevaba a renegar de los de su casta, recibió con no fingida alegría a su paisano, le estrechó la mano con su campechana franqueza y le preguntó:

—¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a felicitarte y a darte una buena noticia, una noticia que le será muy agradable.

—Anda, dila ya, hombre, no me tengas en vilo.

—Pues seguimos profundizando en la mina y hemos descubierto una veta a cincuenta pies del suelo...

¡Los peritos dicen que el mineral es riquísimo, que produce mil ochocientos dólares por tonelada!

—¡Mil ochocientos dólares por tonelada!... ¡Es mucho más de lo que yo esperaba!... ¡Ya decía yo que no me podía equivocar!... ¿Por qué me dijiste que me habían engañado? Si llego a hacerte caso el día en que me diste la noticia me dejas en ridículo y nos quedamos sin ese tesoro... ¡A Yates Martin no le engaña nadie!... Vengan esos cinco, hombre, y felicitemonos los dos: ¡a mí por mi audacia y a ti por tu obediencia! Y ahora me marcho; me esperan en el Congreso para empezar la sesión. ¡Hasta otra!

Abrazó a su paisano, tomó el sombrero y salió de su casa más erguido que nunca, más satisfecho de sí mismo de lo que solía estar habitualmente.

Llegó al Congreso con un poco de retraso. Todos le estaban esperando. El Congreso se celebraba en una especie de gran bar, oculto a las miradas del público, y allí, entre copa y copa de buena cerveza o de un vinillo tentador, se charlaba de los intereses públicos y se extendían las actas. Yates Martin se-

guía siendo el bebedor empedernido de sus tiempos de minero y le gustaba invitar a los amigos.

—¡Debía ser el primero en llegar como teniente gobernador y soy el último!... ¡Pero es que me han detenido para darme una noticia magnífica: la nueva mina es una de las más ricas de Leadville!... ¡No olvido que la mitad de las utilidades son para el... pueblo del Estado de Colorado!... ¿Habéis bebido ya? ¿Quién ha pagado las copas, Pete?—preguntó, dirigiéndose al barman.

—Nadie, señor: todos han respetado su superioridad.

—¡Ja, ja, ja!...—rió de buena gana Yates—. ¡Así me gusta!... Sirvelas más, Pete. Quiero que el servicio sea digno de la concurrencia. He comprado copas de plata para beber el champaña. Yo pagaré lo que cuesten. ¡Yo lo pago todo!... Además he mandado pedir un buen cocinero y me van a mandar el de ese restaurante tan bueno de Nueva York... ¿Cómo se llama?

—¡El Delmónico!

—Ese es.

—¡Entonces comeremos opíparamente!

—¡Nadie superará a Colorado!

¡Bueno, señores, se abre el Senado! Antes que nada los asuntos pendientes. ¡Pete, llena las copas!—ordenó al camarero.

Pete escanció cerveza, pero Yates arrojó lejos de sí las copas.

—¡Cerveza!...—exclamó haciendo un gesto de desprecio—. Eso es indigno del senado... es más propio de la Cámara de Representantes... Ponnos champaña y seca el acta en la cocina, que se ha remojado con cerveza y se nos va a embriagar. ¿Cuál es el primer asunto del orden del día? ¡Ah! sí, ya recuerdo: Construcción del Capitolio en la ciudad de Denver...

—No olvide que ha de ser una moción, porque si no no podremos hacer nada—dijo uno de los senadores.

—Es una moción, ¿verdad, señores?—preguntó Yates Martín imponiéndose a todos—. ¿Nada que decir? ¿Nadie tiene nada que argüir? ¿Hay alguien que se oponga?

Hubo un silencio general.

—¡Aprobado el Capitolio!

—¿Cuánto se gastará en las obras?

—Pongamos dos millones... El dinero es lo de menos... ¡yo pagaré los gastos! ¡Instalaré allí una can-

tina y pondré una barra de plata maciza para los pies!

Todos rieron las ocurrencias de Yates Martin; todos festejaron sus palabras y empuñaron las copas para brindar por la suerte futura del Capitolio.

—Ahora, señores — siguió diciendo Yates —, nuestra ciudad necesita más cultura... Necesitamos tener ópera y cosas por ese estilo, como en las grandes ciudades... Yo construiré en Denver un teatro para la ópera que sea regio. Haré venir los mármoles de Italia, la canba de Centro América, las alfombras de Esmirna... No me importa que me cueste un millón... Colorado se lo merece todo y, como eso es una cosa mía, particular, en la que no intervendrá el Estado, puedo aprobarlo sin necesidad de moción.

—¡Bravo! — gritaron unánimemente todos los asistentes—. Brindemos por el teatro de Yates Martin.

Volvieron a levantar las copas, bebieron ávidamente el champaña y, más alegres, más optimistas, más felices que cuando habían llegado para asistir a la sesión, se retiraron a sus casas.

Yates Martin puso mano a la obra inmediatamente. Habló con arquitectos, contratistas de obras, carpinteros, artistas y artífices de todas clases, discutiendo con ellos como si él entendiera en todas aquellas cosas y queriendo imponer su voluntad por sobre la inteligencia de los especializados.

—Quiero que sea a mi gusto, no al de ellos—decía como suprema razón—. A mí no me importa lo que ellos quieren explicarme. El teatro ha de ser y será como yo digo.

Escribió a todas las partes del globo, se puso en relación con los explotadores de canteras de mármol para que le mandaran los más preciosos y escogidos, con los fabricantes de alfombras para que comenzaran a ejecutar especialmente las que cubrirían las gradas de la escalera de honor y el suelo del gran vestíbulo del teatro, con los artistas decoradores para que le presentaran dibujos y proyectos ejecutando las ideas que él les daba. Tuvo unos meses de agitación, de actividad constante, de lucha contra todos los que se burlaban un poco de sus bravatas de nuevo rico y, por fin, tras aquellas largas sema-

nas que se le hicieron eternas, pues Yates estaba acostumbrado a que todo, siempre, cediera a su voluntad de hierro, se consiguió todo lo necesario y comenzaron las obras.

Había comprado de antemano el terreno en el mejor lugar de la población de Denver y allí comenzaron las excavaciones para cimentar el edificio que debía reunir proporciones descomunales.

Yates Martin visitaba todos los días las obras, orgulloso al ver cómo iba tomando cuerpo su idea y cómo, lentamente, surgían los muros y se elevaban al cielo, retadores, mostrando la magnífica generosidad de su ciudadano, de un insignificante ciudadano que quería legar a la posteridad un recuerdo imperecedor de su paso por la vida.

Los obreros, lo mismo que los directores, veían llegar a Yates con un poco de conmiseración y con un mucho de simpatía. Yates Martin había conseguido imponer su hombría de bien, su candor infantil, su ingenuidad de chico grande y se había hecho querer, como siempre, por todas aquellas gentes que, al tratarle de cerca, habían rectificado su primera impresión y le reconocían las bellas cualidades de su espíritu que le hacía perdonar en

seguida las fanfarronadas de su carácter.

—¿Cómo van las obras?—preguntaba invariablemente al llegar.

—Todo estará a su debido tiempo, señor Martin.

—¿Y la primera piedra?—preguntaba Yates, para el que la "primera piedra" era el mármol que debía figurar en el frontispicio, con su nombre grabado para que las generaciones futuras supieran quién había construido el teatro.

—¿La piedra en que irá esculpido su nombre?—preguntaba el obrero al que le dirigía la pregunta.

—¡Claro, hombre! Es la única piedra que tiene importancia para mí. Estará mi nombre esculpido en gruesas letras, para que todo el mundo lo pueda leer, ¡hasta los miopes!

Yates Martin veía con entusiasmo cómo el teatro iba tomando forma. Ya el edificio estaba construido. Ya la fachada estaba terminada. Ya la gran escalinata de honor exhibía su curva graciosa y elegante. Sólo faltaban los detalles interiores. En el interior todo eran aún andamios, paredes descarnadas, techumbre tosca. Yates Martin se pa-



Yates Martin volvió a subirse a la mesa, volvió a montar...



Bebieron abundantemente a la salud de Yates...



—... Perdoname, Sarita; es que bebí dos copas con los amigos...



—Mira usted, ¿qué le parece este mineral?



—Es de plata maciza.



—levantaron las copas para brindar por la suerte del Capitolio...



—Papá no vendrá hoy a comer.



—Yo quisiera llegar a Senador y un escándalo podría costarme votos.

—Eres tan grande y tan fuerte que
te querría para mí sola.



—Me voy pora no volver más; ya no quiero vivir más a tu lado...



—Si usted lo desea, señor Presidente...



—Todos vendrán a admirar a mi esposa...



¿Por qué ayer era multimillonario y hoy cerraba las puertas su Banco?



... venía pálido, demacrado, envejecido en unas pocas horas...



... fué a venderlas sacando unos pocos dólares...



—Ten fe en mí, Lily... y nos enterrarán en ataúdes de plata.

seaba por aquella gran sala, orgulloso, como si ya estuviera atestada de una muchedumbre ávida de aplaudirle. El director de las obras le acompañaba y le iba explicando todo cuanto se hacía diariamente.

Aquel día Yates Martin miraba con más detenimiento la marcha de las obras de su teatro. Tenía fijado el día de la inauguración y temía que no estuviera todo a punto para aquella fecha.

—Todo estará terminado—le dijo el director—. Ahora sólo falta poner un busto de Goethe sobre este pedestal y otro de Beethoven en aquel. ¿Qué le parece?

—¿Y quiénes son esos señores?—preguntó Yates extrañado, pues nunca en su vida había oído hablar de aquellas gentes que para él eran completamente anónimas.

—Goethe es el autor de Fausto, un genio de la poesía; y Beethoven es el genio de la música.

—¡Malos genios!...—replicó Yates sin comprender—. Yo no quiero a esas personas desconocidas; quiero que pongan los bustos de mis amigos Hamlin y Pete.

Una carcajada fresca, cristalina, sonora, se dejó escuchar repetida

por el eco de aquella gran sala vacía.

Yates Martin volvió la cabeza y se encontró ante una mujer elegante y bellísima que le miraba burlona y cariñosa al mismo tiempo y que, al verse descubierta, intentó reprimir su risa incontinente.

—¿Usted sabe quiénes son esos extranjeros, señorita?—preguntó Yates Martin sin perder su aplomo habitual.

—No todos—contestó la interpelada sin dejar de sonreír.

—¡Claro!... Es mucho mejor que pongan a mis amigos. Y pueden poner también el busto de Poker Annie fumando un tabaco puro. Una señora que fuma tabacos puros merece una estatua. Además, Poker Annie es alguien en la historia de Denver... ¿verdad, señorita?—volvió a preguntar mirando de nuevo a aquella mujer que resplandecía de hermosura.

—¿Sí?... ¡No la conozco!

—¿No la conoce? Entonces, usted no es de Denver. Usted es forastera.

—Sí; he llegado esta mañana de Nueva York. Yo sí le conozco a usted. En Nueva York he oído hablar mucho de Yates Martin.

—Es una dicha que haya venido a Denver... — dijo Yates galante, mirando a la forastera complacido y embelesado—. Todo lo bueno viene aquí...

—¿Y es usted el que dirige esas obras?

—Sí, el teatro es mío y he querido que se haya a mi gusto. ¿No ve usted?... Ahora van a escribir aquella inscripción en latín para que nadie la entienda... ¡Eh!—gritó dirigiéndose a los obreros—. ¡Quiero que esté escrito en americano!

—Es que el escultor dice que...

—¡Que diga lo que quiera! ¡Qué sabe el escultor!... ¡Si no queréis escribirla en americano la escribiré yo!

—Pero, señor Martín—le dijo la recién llegada—, yo no comprendo cómo tiene usted tiempo de dedicarse a esas cosas presidiendo el Senado...

—¡Oh!, yo encuentro tiempo para todo, señorita.

—¿Para todo?—le preguntó ella poniéndose muy coqueta y mirándole largamente a los ojos.

—Para todo—replicó Yates sosteniendo aquella mirada que le abrasaba el corazón con su fuego.

—¿Quiere apoyarse en mi brazo

y acabar de visitar el teatro teniendo a su propio dueño como cicerone?

—¡Ya lo creo!... — contestó la muchacha apoyándose con fuerza en el brazo que le ofrecía Martín. —Aunque no sé si soy digna de tanto honor...

—¿Soy yo acaso digno de que me miren esos ojos magníficos que me llenan de luz y de vida?—replicó Martín, que se desconocía a sí mismo.

La desconocida sonrió con una sonrisa embriagadora, y Yates se sintió turbado, preso en las redes de la coquetería de aquella mujer, la más bonita que él había visto en su vida.

Visitaron todas las dependencias del edificio y luego, Yates acompañó a su nueva amiga hasta su casa y desde allí mandó recado a su mujer diciéndole que ineludibles compromisos le retenían y que no le esperaran a comer.

Sara no sospechó nada. Estaba tan segura de su marido que jamás se le hubiera ocurrido pensar que en aquellos momentos la traicionaba, engañaba su buena fe de esposa amante y abnegada y se entrega-

ba a las dulzuras de un amor fugaz y veleidoso.

Al recibir el recado de su marido, Sara estaba preparando a su hijo para la comida.

—Papá no vendrá hoy a comer —le dijo al niño— porque tiene mucho que hacer. Cuando un hombre alcanza la popularidad que ha alcanzado tu padre debe sacrificarlo todo en aras de su popularidad. Comeremos tú y yo solitos. Anda, lávate las manos y ven pronto a la mesa.

Así, sencillamente, aceptó aquella primera escapatoria del hombre que le había permanecido fiel durante muchos años y cuya única debilidad había sido el exhibicionismo. Y así transcurrieron algunas semanas sin que Sara pudiera sospechar la catástrofe que se avecinaba y que había de hierirla en lo más íntimo de su sentimiento femenino.

CAPITULO VI

Yates Martín pasaba ahora casi todas las horas del día y de la noche fuera del hogar matrimonial.

La gentil desconocida que le había conquistado la voluntad desde

el primer momento, le retenía cada vez más junto a sí y le iba atrofiando su voluntad para hacérselo completamente suyo.

Había conseguido abandonar el hotel e instalarse en un magnífico apartamento que Yates le había puesto con todo el lujo y todas las comodidades apetecibles, ayudándola él mismo en la instalación y cuidando de todo con el mismo amor con que cuidaba de la marcha de las obras de su teatro, de aquella que hasta entonces fuera su única pasión.

Ella, la mujer coqueta e infame que había hecho un viaje de Nueva York a Denver exclusivamente para conocer a aquel hombre del que todo el mundo hablaba y hacerse dueña de su voluntad y de su hacienda, si podía ser, estaba reclinada en un diván, vestida con una suntuosidad tentadora, y miraba a Yates que estaba afanado colocando en aquel coquetísimo boudoir los cuadros que debían adornar las paredes y que eran bellos desnudos de mujer y asuntos voluptuosos y excitantes.

—¿Dónde le gustará más?—preguntó, dudando, sin saber en qué

lugar luciría más el cuadro que en aquel momento iba a colgar.

—Póngalo donde usted quiera— le contestó ella mirándole apasionada.

—¿Le parece mejor aquí, Lily? —volvió a preguntar él.

—¡Oh!, señor Martin, lo que hace usted todo me parece admirable...

—¡Señor Martin... señor Martin!...—musió Yates como queriendo regañarla—. ¿Cuándo me llamará usted Yates, simplemente?

—No sé... no puedo acostumbrarme a llamarlo con ese nombre tan familiar...—dijo ella poniéndose cada vez más coqueta y más provocativa.

—No sea niña, Lily — le dijo Yates con ternura—. ¿No la llamo yo por su nombre? ¿No somos buenos amigos? Pues ¿por qué no quiere tratarme con familiaridad?

—Es que todo eso me parece un sueño... ¡El gobernador de Colorado ayudándome a instalar mi casa!... ¿Hubiera yo podido nunca pensar en una cosa así?... ¡Ha sido usted tan bueno conmigo!... ¡Apenas puedo creer en tanta dicha!

—Para mí sí es una dicha poderle servir en algo, Lily—dijo Yates sentándose junto a ella y tomán-

dole una mano—. Ya verá el día que inauguraremos la Opera... Aquel día será el más grande de mi vida y, sin embargo, creo que ya no podrá ser el más feliz, porque el más feliz fué el día en que la conocí a usted... La noche de la inauguración asistirá el general Grant. El general Grant conoció personalmente a Lincoln, ¿sabe usted?... Y ese gran personaje hablará conmigo aquella noche como yo hablo ahora con usted... Para mí será un acontecimiento poder hablar con una persona tan célebre como el general Grant.

—Aquella noche se olvidará usted, Yates, de esta insignificante persona—dijo Lily poniéndose un poco melancólica.

—¿Olvidarme de usted?... ¿Eso nunca!... Usted estará allí, Lily.

—¿De veras? —preguntó entusiasmada, creyendo que iba a conseguir lo que ella quería—. ¿Estaré en su mismo palco?

—¡Oh, no!... Pero estará frente a mi palco, en lugar donde yo pueda contemplarla toda la noche... Estaremos frente a frente...

—Siempre estamos frente a frente, Yates—murmuró Lily pesadosa, acercándose a él con una perversa coquetería.

—¿Te gustaría estar más cerca

de mí?—le preguntó Martín turbado y lleno de deseo.

—Nuestra amistad es cada vez más estrecha, ¿verdad, Yates?... Tú y yo nos entendemos muy bien—dijo Lily provocándolo con su mirada, con su sonrisa, con todo su cuerpo que se acercaba palpitante, ofreciéndose como una joya maravillosa.

—Sí, sí, Lily—balbuceó Yates abrazándola fuertemente entre sus brazos y besándola frenético en los labios.

—¿Verdad que me quieres un poquito, sólo un poquito?—le preguntó ella entomando sus ojos tentadores y reclinando su cabeza sobre el pecho varonil.

—¡Te quiero con toda mi alma, nena!...

Lily dió un grito de júbilo y besó a su vez a Yates, que se dejaba besar sintiéndose invadido de una dicha suprema.

* * *

La frecuencia de las visitas de Yates Martín a Lily comenzó a despertar la curiosidad general y pronto la murmuración se cebó en ellos, y toda la ciudad habló de

aquellos amores fuera de lo legal que escandalizaban a aquellas gentes de costumbres morigeradas y de conciencia timorata.

Sólo Yates Martín y Lily no se preocupaban de aquella murmuración que iba creciendo como un río desbordado y se entregaban a un amor que les dominaba con su fuerza avasalladora. Lily acaso no amaba sinceramente a aquel hombre tosco y sencillez que para su refinamiento había de resultarle un poco chocante; pero como Yates tenía el alma noble y la colmaba de halagos y de cariños, sentía hacia él una ternura casi maternal y le trataba como a un niño grande al que se le perdonan todas sus bravatas de hombre en gracia a su candor.

Yates sí la amaba con toda la fuerza de su alma. Era la primera mujer distinguida, fina, elegante, que se había fijado en él y que le había dedicado un poco de atención. Su ingenuidad de chiquillo le hizo creer en que había sido él capaz de enamorar a aquella mundana de gran capital que se había acomodado a vivir al lado de un hombre de muy poca cultura y de ningún refinamiento.

La murmuración crecía a medi-

da que iba creciendo el amor de Yates; pero ni éste ni Lily querían escuchar las habladurías de la gente y rehufan las miradas curiosas que les seguían cuando iban juntos a pasear por los lugares más céntricos, sin recatarse.

Ya las obras del teatro de la ópera se habían terminado. Yates Martin preparó la inauguración con todo cuidado a fin de que tuviera realce y dejara imperoederio recuerdo en la historia de Denver.

Cursó las invitaciones a todas las autoridades. En ellas se decía que el teatro de la Ópera de Denver era el más hermoso y el mejor de los Estados Unidos; que estaba construido y decorado con mobiliario, tapices y objetos de arte importados expresamente de todas partes del mundo, con un costo mayor de un millón de dólares. Tratándose de Yates, naturalmente, no podía faltar el detalle del costo, pues era para él lo único verdaderamente interesante.

La noche de la inauguración el teatro rebosaba público, un público aristocrático y ávido de contemplar aquella obra que había hecho hablar a todos los Estados durante una serie interminable de meses.

Yates Martin apareció en su palco, vestido de etiqueta, risueño y triunfante como el día en que inauguró la mina de Leadville. A su lado estaban el general Grant, el sueño dorado de Yates, y las autoridades principales de Denver.

Frente a él, sola en un palco, luciendo toda su elegante belleza y su aristocrática figura, estaba Lily, que devoraba con los ojos a Yates, deseosa de que él la invitara a pasar al palco, donde ella hubiera lucido aún mejor y al que convergían todas las miradas, porque en él estaban Yates Martin y el general Grant, dos destacadas figuras en las que el todo Denver tenía fija su atención.

Lily miró a Yates Martin largamente y, aprovechando un momento en que su amante le dirigía una cariñosa sonrisa, le mandó, con la punta de su abanico, un beso provocador y sensual.

El público dióse cuenta de aquella mutua comprensión entre Yates y Lily y un murmullo general invadió el teatro.

Al poco rato avisaron a Yates de que su mujer no asistiría a la fiesta, retenida en su casa por una fuerte jaqueca. Aquel detalle que no tenía importancia, despertó aún

más la murmuración de la gente, que atribuyó la ausencia de Sara a la presencia de Lily.

Yates Martín, entretanto, quería entablar conversación con el general Grant, al que él se había imaginado como algo excepcional y maravilloso.

—Agradezco mucho su presencia, General. Es un gran honor para Denver.

El general se limitó a hacer una leve inclinación de cabeza. Yates no se arredró.

—Esta noche verá usted algo realmente maravilloso — continuó diciendo—. ¿Nota usted que los asientos son muy cómodos? Ahora le haré servir champaña y unos puros. Ya sé que usted fuma mucho... He visto muchos retratos suyos y en todos aparece usted fumando.

El general Grant escuchaba atento la charla de aquel hombre que no le interesaba mucho y seguía callado, serio, un poco altivo para no perder el prestigio de su personalidad.

—Bonita placa—se dignó por fin decir, señalando una hermosa placa que Yates lucía en su solapa.

—Me la regaló la Sociedad Cívica. En Colorado todos me conocen

y me quieren—se apresuró a explicar Yates—. En esta placa está grabada toda mi historia con oro, plata y diamantes. Es una joya riquísima... debió costar un dineral...

—Me gusta el teatro que ha hecho usted edificar.

—¡Ah!, no crea que es el único edificio que he hecho construir. Han construido, también por mi cuenta, una magnífica casa para oficina. Ahora, en mi discurso, la ofreceré al pueblo de Denver. No olvido que en todos los discursos de un político es preciso ofrecer algo al pueblo.

Yates Martín se levantó, se dirigió al escenario, adelantóse hasta las candilejas y, después de esperar que cesaran los aplausos con que se recibió su presencia en escena, comenzó a decir:

—No quiero retrasar con mis palabras el comienzo de la representación. Sólo quiero haceros ver que Denver se ha convertido en pocos años en una metrópoli de más de treinta mil habitantes y que ahora cuenta con un teatro digno de su importancia. ¡Examinadlo despacio!... ¡En ninguna parte hay nada mejor!... ¡Es el teatro más caro del mundo!... Pero voy aún a hacer

algo más por mi querido Denver... He comprado muchos terrenos, muchos, y cedo la mitad de ellos al Gobierno de Estados Unidos para que construya la mejor oficina de correos de la nación.

Terminadas estas palabras, Yates se retiró entre una general ovación y dió principio la representación de la ópera para la que habían sido contratados "los mejores artistas del mundo".

Unas horas más tarde Yates estaba en brazos de Lily, a la que había ido a acompañar hasta su casa y de la que no podía separarse, retenido por el amor que hacia aquella mujer magnífica sentía.

—Estuviste admirable — le decía Lily, con coquetería—. ¡Me siento orgullosa de tí!...

—¿Verdad que todo quedó muy bien? — le preguntó Yates, emocionado—. Y el general Grant se dignó venir a Denver para inaugurar el teatro... Pero todos los ojos estaban fijos en tí, Lily...

—¡Oh, no, no digas esto, Yates! ¡Estaban todos fijos en tí! ¡Tú eres el héroe de la fiesta!

—Los halagos no me disgustan, nenita... especialmente siendo tuyos... Se suben a la cabeza, como

el buen vino... cuando se ha bebido sólo agua. Oye, ¿no te desilusionó un poco el general Grant esta noche? Yo me imaginaba que un personaje era una cosa distinta... Es como tú y como yo... una persona vulgar.

—¡No consiento que te consideres vulgar, Yates! ¡Tú eres también un personaje!

—¿Soñaría él alguna vez que llegaría a ser general?... ¿Que salvaría a su patria?

—Nadie puede predecir su propio destino, Yates... y nadie sabe hasta dónde puedes llegar tú. Tú también tienes algo de grande, como Grant... Esta noche, cuando os vi juntos, presentí que tú llegarías acaso aun más alto que él... Tú no eres como los demás... ¡Tú has nacido para gobernar!

Yates la escuchaba lleno de emoción y de orgullo, y estrechándola entre sus brazos, la besó dulcemente. Lily le sonrió, le devolvió el beso y le dijo:

—Algún día el recuerdo más grato de mi vida será... el haber conocido a Yates Martin.

—¿El recuerdo?... No, tú sabes que no nos separaremos nunca — dijo Yates, con vehemencia.

—No puedo creertelo... Las conveniencias sociales pueden a veces más que el amor, por sincero que sea... Esta misma noche, sin ir más lejos, apenas me has mirado...

—No tienes razón para decir esto, ¿No te guardé el palco de enfrente para verte mejor?

—Sí, pero yo no estaba a tu lado, no era tuya... Era una desconocida que asistía a la representación... Nadie sabía que nos amamos. ¡Vida mía!... Eres tan grande y tan fuerte, que te querría para mí sola... ¿entiendes? ¡Para mí sola!

—Eso... es difícil; pero estoy tratando de arreglarlo. Veremos cómo se soluciona esta cuestión.

—No sé qué puedes temer... Eres el hombre más influyente en Colorado.

—Sí, lo sé; pero es que yo quisiera llegar a senador, y un escándalo podría restarme votos... ¿no comprendes?

—Puedes evitar el escándalo. Puedes convencer a tu mujer... y a tu mujer la convencerás fácilmente si le aseguras el porvenir.

—¿Qué?... No, Sara no es de esas... Sara es muy desinteresada... Si fuera como tú dices, sí, todo ten-

dría fácil arreglo, pero... ¿qué le digo a ella? ¿Cómo convencerla?

—Tú sabrás arreglar todo eso... ¡Te amo, Yates, te amo tanto!... — exclamó Lily, abrazándole y besándole hasta enloquecerle para conseguir lo que ella desease, lo que había venido persiguiendo desde Nueva York: ser la mujer del hombre más popular de Estados Unidos, ser la mujer del gobernador, alternar con las clases más elevadas, ser considerada y respetada... Ahora no era más que la amante, y todos la miraban con prevención, por todas partes sentíase humillada y rechazada. Y Lily quería ocupar un lugar preminente en la sociedad, quería llegar a ser algo en la vida y, como no podía lograrlo si alguien no le daba la mano, estaba decidida a que ese alguien fuera Yates Martin, el hombre influyente y multimillonario, al que tenía ya rendido a su amor y del que esperaba obtener todos sus caprichos.

Yates Martin se dejó acariciar largamente por aquella mujer que tenía para él cada día nuevos y más insospechados encantos y, cuando salió de la casa de su amante, estaba ya decidido a romper con to-

do su pasado y a edificarse un nuevo y más brillante porvenir.

CAPITULO VII

Sara no se había acostado. Esperaba, desvelada e inquieta, el regreso de su marido. Algunas murmuraciones habían llegado a oídos de la fiel y constante esposa que la pusieron sobre aviso aun sin querer dar crédito a lo que ella atribuía a habladurías dictadas por la envidia y la malevolencia. Pero, recelosa, temiendo hacer un enorme ridículo si era verdad lo que se decía, se negó a asistir a la inauguración del teatro. Aquella negativa, si era infundado el motivo por el cual se había negado, exasperaría a Yates, y aquella sería para Sara la prueba más convincente de que todo era mentira y de que su marido seguía siendo el esposo amante y sumiso de sus primeros tiempos de matrimonio. Era una prueba suprema que Sara estaba decidida a soportar y, venciendo el sueño y la fatiga, esperó el regreso del marido.

La tardanza de Yates le hacía sugerir mil ideas perversas que en vano su razón equilibrada trataba de desechar. La tardanza podía ser

motivada por haberle retenido sus compañeros de gobernación, por haberle dado un lunch de honor al terminar la representación, por mil compromisos ineludibles que surgen al paso de los hombres representativos que ya no disponen de sí mismos y que han de ser siempre esclavos de su popularidad.

Así hablaba la razón de Sara, pero su corazón de mujer le decía que Yates estaría acaso en aquellas horas gozando del amor traicionero de una mala mujer que se lo robaba a ella... a ella, que le había querido en los tiempos de miseria y de hambre...

Iba ya a amanecer cuando le pareció escuchar ruido en el cuarto de su marido. Esperó. Yates estaba, sin duda alguna, en la pieza contigua a la suya, pero no entraba, como otras noches, a darle un beso, aunque estuviese ella dormida. Sara esperó aún un rato más. Se oía el ir y venir de una persona presa de una fuerte agitación nerviosa. Se oía el abrir y cerrar de los cajones y del armario, repetidas veces. ¿Qué haría Yates? Sara escuchó y esperó aún unos minutos. ¡Nada! Yates seguía preocupado, revolviendo quién sabe qué cosas en la

habitación. Inquieta, sin poderse contener más, Sara se apresuró a ir junto a su marido y averiguar por sí misma lo que a él le ocurría.

Yates tenía toda su ropa en desorden, encima de la cama, sobre las sillas, en el suelo... Sus maletas estaban abiertas, y él, febrilmente, iba guardando con cuidado todas sus cosas, como si fuera a emprender un largo viaje o como si fuera a ausentarse por mucho tiempo de su casa.

Sara le miró con asombro, asustada, sintiendo en su corazón un extraño frío de angustia.

—¿Qué pasa, Yates? ¿Te vas de viaje?

Yates, al oír el eco de aquella voz, miró a su mujer con ojos extraviados, y respondió, haciendo un esfuerzo para mostrar su firme e

irrevocable voluntad:

—¿Te vas al hotel?... Pero ¿por qué?

—Voy a instalarme allí.

—¿No estás bien en esta habitación? Te arreglaremos otra. ¿Tú no sabes que hay en la casa nueve cuartos que todavía no conoces?

Yates se sentó al borde de la cama, dejó caer desfallecido los brazos, y no contestó.

Sara se acercó a él, le pasó cariñosa la mano por la frente, le besó con ternura, con aquella su ternura tan femenina, tan maternal, y le dijo:

—¡Pobrecito mío!... Has trabajado demasiado en estos últimos tiempos y estás muy nervioso. Debes descansar. Yo te cuidaré como otras veces... ¿Por qué ese afán de trabajar, siempre sin descanso, como si lo necesitaras para comer? ¿Ya tienes bastante! Has alcanzado la mayor popularidad que podías alcanzar. Ahora has de descansar... y yo también. Ya no somos unos niños, Yates; la juventud está un poco lejos de nosotros... Dejemos esta vida agitada y retirémonos a gozar de la calma que ya te tienes bien ganada.

Yates no pareció conmoverse por aquellas dulces palabras de su esposa, antes al contrario, la miró con un rencor sordo y le dijo duramente:

—Me voy para no volver más; ya no quiero vivir más a tu lado.

—¿Qué dices? —preguntó Sara, sin acabar de comprender.

—¿Que nos divorciamos!... ¿Lo entiendes? Yo te lo cedo todo. Quédate con la casa y con el niño... Te daré todo el dinero que quieras,

todo lo que necesites; pero yo me voy, me voy para siempre...

Empujó con el pie sus maletas, que dejó sin arreglar, tomó el sombrero y se marchó rápido, como si temiera que Sara fuera a detenerlo y a encerrarle en algún lugar del que no le sería posible escapar.

Sara le vió partir con un estupor que le secó la garganta y le privó del habla por unos momentos. Le siguió hasta la escalera, pero Yates estaba ya en el hall y abría la puerta de la calle. Sara se asomó al barandal magnífico y le gritó con un grito doloroso y lleno de angustia:

—¡Yates!... ¡Yates!...

Y viendo que su marido no volvía la cabeza y que se marchaba sin hacer caso de su dolor, se desplomó sobre uno de los peldaños, dejó caer su cabeza sobre las rodillas, que se habían doblado, negándose a sostenerla, y sollozó desgarradoramente ante lo irreparable del daño que le acababan de causar.

* * *

Yates Martin se fué a vivir con Lily, y su prestigio personal comenzó a decrecer por aquel escándalo

que daba públicamente y el que no le podían perdonar las gentes de aquella sociedad timorata y puritana, que juzgaba con dureza inflexible las ajenas debilidades.

En el campo político también se dejó sentir la influencia perniciosa de la general opinión. Cuando se habló de las elecciones para senador y Yates vió que nadie presentaba su candidatura ni que nadie le hablaba en el sentido de que se decidiera a tomar parte en aquella campaña electoral, habló con uno de sus amigos de Cámara.

—¡Oh!, para llegar a senador es preciso una conducta intachable, a lo menos aparentemente, y usted...

—Pero yo he sido el que más ha hecho por el bien de nuestro Estado — exclamó Yates, haciendo valer sus propios méritos.

—Sí... usted ha sido un buen amigo del pueblo...

—¿Amigo? ¿Sólo amigo?... ¿Y el teatro de la ópera? ¿Y el terreno para el edificio de Correos? ¿Y todas mis generosas dádivas?

—Tiene usted razón, Yates. Y los jefes del partido le estiman a usted y quisieran presentarle, pero... no se atreven, tienen miedo de presentar su candidatura...

—¿Miedo?...

—Sí, Yates. Las mujeres pesan en la opinión pública algunas veces... Existe una corriente desfavorable contra usted... El pueblo no ve con buenos ojos su conducta.

—¿Después de lo que he hecho por él?

—El día de la inauguración de la Opera, que pudo ser para usted un gran día, se perjudicó usted mismo insensatamente.

—¿Por qué? ¿Porque mi mujer no estuvo allí? ¿Porque estaba "la otra"? ¡Y todo esto qué le importa al pueblo!... Mi vida privada me pertenece y no debe influir en mis méritos para ser senador. ¡Y lo seré, pese a quien pese! ¡Si es preciso sobornaré a todos los legisladores!

—Si lo hace puede provocar disensiones en el partido.

—¿Y a mí qué me importa?

—La oposición puede hundirle políticamente.

—Tengo plata bastante para ahogarles a todos en ella.

—Mejor sería que tratara de deshacer el error cometido... Si volviera usted al lado de su esposa...

—¡Nunca! No usaré a mi esposa como pantalla ni mucho menos

como grada para alcanzar mis ideales políticos... Seré senador. Pensaba ir a Washington y casarme allí y que fuera el convidado de honor el presidente de los Estados Unidos... ¡"Ella" lo deseaba!... Mi candidatura será aceptada. Hay, por treinta días, una vacante de senador que yo puedo ocupar.

—No, ya se la ofrecieron a Chilcott.

—Yo me entenderé con Chilcott. Seré senador y podré ir a Washington a casarme... ¡Seré el senador Martin!... Y todo lo demás ya no me importa nada.

Yates Martin consiguió todo lo que se había propuesto. Los periódicos anunciaron el divorcio de Yates y dieron cuenta de que la ex esposa del gobernador Martin había conseguido una pensión muy notable, además de entrar en posesión como dueña absoluta de la mansión de la calle de Lincoln y de un capital de 250.000 dólares.

También publicaron pocos días más tarde que Yates Martin había entrado en posesión de una Senaduría federal interina, por el término de treinta días y se comentaban los festejos de que había sido objeto con motivo del nombramien-

to que le encumbraba hasta las más altas esferas de la política.

Y Yates pudo realizar su gran sueño y el maravilloso ideal de su amada Lily: ir a Washington, casarse con Lily, dar un banquete colosal y tener de huésped de honor al presidente de los Estados Unidos.

Lily estaba encantadora con su vestido de novia, blanco y puro como hubiera correspondido a la más ingenua e inocente de las doncellas. Ella había querido lucir con aquellas galas, y Yates no le quiso negar en aquel gran día ninguno de los caprichos que se le ocurrieron a la antojadiza muchacha.

Asistieron al banquete las más sobresalientes personalidades de la política, de la alta sociedad, de las letras y de las ciencias. Ninguna persona de calidad faltó a aquella ceremonia nupcial, que consiguió los caracteres de una gran fiesta nacional.

Yates Martin estaba magnífico, henchido de orgullo y de felicidad. Lily se mostró encantadora e ingenua, como correspondía a su carácter de recién casada. La comida transcurrió en la armonía más cordial y los comensales se sentían satisfechos y dichuracheros.

El presidente se levantó a la hora de los brindis. Hubo un general silencio respetuoso y recogido para escuchar mejor las palabras que pronunciase la autoridad suprema de los Estados.

Empuñó su copa de champagne, miró largamente a la desposada, que le sonreía con su sonrisa dulce y bella, y dijo:

—¡Señores, propongo un brindis en honor de la novia!

—¡Hurra!... — gritaron todos los comensales.

—Y aun propongo un nuevo brindis: un brindis en honor de la novia más gentil de este año... y de todos los años...

Lily sonrió un poco ruborizada por aquel galanteo que sobrepasaba a todas sus esperanzas.

—Es usted muy amable, señor presidente, y si me permite brindar...

—¡Oh, no! — le atajó el presidente—. Pero otórgueme una rosa de su ramo de desposada...

—Dale una docena, Lily — dijo Yates, que no sabía cómo manifestar su contento y su satisfacción.

—No, nada más una, que guardaré como recuerdo de su belleza —dijo el presidente, mirando con embeleso a la desposada.

—Si usted lo desea, señor presidente — dijo Lily, alargándole la rosa y mirando con coquetería al personaje.

El presidente la tomó, la acercó a sus labios y la guardó en el pecho, sobre el corazón, mostrando a la recién casada el lugar predilecto donde guardaba aquel recuerdo que para él era maravilloso.

Aquel día fué el "más dichoso de su vida" para Yates Martin. Para Yates Martin todos los días que había conseguido ser la figura central de algún acto, o se había imaginado serlo, eran los días más felices de su vida.

Se instaló la feliz pareja en una magnífica quinta en los alrededores de Wáshington. La casa estaba rodeada de un espléndido parque, y en ella recibieron los desposados al todo Wáshington elegante y aristocrático. Se habían convertido en verdaderos personajes y así lo sentían ellos, queriendo siempre estar a la altura de lo que requería su actual categoría.

Yates continuaba siempre soñando en grandezas. Todo lo hacía costoso y extravagante, para que se viera que podía tirar el dinero y que no le importaba tirarlo. Las participaciones de boda las hizo en

placas de plata y grabadas en oro las letras. Con orgullo se las mostraba a Lily.

—Mira. Estoy seguro de que en Denver no se ha visto nunca una cosa igual. Me han costado cuatrocientos dólares cada una. Fíjate, ¡las letras son de oro! He mandado cincuenta a la mejor sociedad. Así sabrán quiénes somos nosotros. Sólo he guardado ésta como recuerdo. Ya verás cómo pronto vendrán a vernos todos los grandes y los potentados... Todos vendrán a admirar a mi esposa, a mi encantadora esposa, a la que el presidente de los Estados Unidos, nada menos, ha considerado la novia más bella de todos los tiempos.

—Siempre serás el mismo, Yates. Siempre serás el generoso, el espléndido, el dadivoso...

—Ya verás, ya verás... Nosotros seremos la gente más sobresaliente de la nación. ¿Recuerdas los bosques de caoba que compré? Pues con maderas truidas de allá construiré una casa regia. ¡De caoba maciza! ¡Ya verás cómo nos admirarán entonces! ¡Ya verás cómo nos consideran y nos quieren! Desengáñate, el dinero es lo único positivo que hay y lo único que allana todas

las dificultades y lo único que hace subir muy alto. Costará millones esa casa de que te hablo... Pero como entran más millones todos los días, bien podemos permitirnos el lujo de gastarlos. He comprado unas minas de oro. También he comprado un periódico y parte de un ferrocarril... ¡Seré el dueño de Estados Unidos dentro de unos pocos años! Ya te leeré lo que un periódico dice de mí... Dice que soy el rey... el rey... no me acuerdo qué nombre dice, un rey que cuanto tocaba se convertía en oro...

—Midas, querrás decir.

—¡Eso, Midas! Sólo que lo que yo toco se convierte en plata... Pero da lo mismo. Lo que es bueno, bueno es. Lo mismo da plata que oro... ¿No te parece, chiquilla?

—Lo que a mí me parece es que eres el mejor y el más amante de los hombres — le replicó Lily, que sabía halagarle demostrándole más amor del que en realidad sentía por él.

CAPITULO VIII

La vida había sido, hasta entonces, como un cuento de hadas maravilloso para Yates Martin. Se ha-

bía casi olvidado de sus tiempos de miseria, de sus años difíciles, cuando iba de colonia en colonia en busca de plata, excavando tierras infecundas y áridas, tierras inhóspitas que se volvían contra ellos y les negaban hasta el más frugal pedazo de pan. Ahora hacía ya tanto tiempo que nadaba en la abundancia, que no podía pensar en que acaso la suerte cambiara de rumbo y le volviera la espalda. Yates pensaba que con plata podía arreglarse todo, que con dinero no había dificultades en parte alguna, que la vida era suya, porque había conseguido una buena fortuna.

Pero a Yates le reservaba la vida muy crueles sorpresas. Cuando más encumbrado estaba, cuando había llegado al pináculo de la gloria y del poder, cuando todo había cedido a su empuje fuerte y poderoso, llegó la mala racha, llegó el viento malo que había de barrer para siempre su buena fortuna y le había de hacer conocer las horas más crueles y más amargas de su vida.

Llegó un día a su despacho un ingeniero que quiso hablar con él urgentemente:

—Soy Bryan — le dijo, presen-

tándose—, y vengo para tratar con usted de un asunto muy serio.

—¡Ah, es usted Bryan, el ingeniero del Estado! Bien, le conocía de nombre. ¿Qué se le ofrece?

—Quiero hablar con usted de la plata.

—¿Le interesa la plata?

—Me interesa, pero no en el sentido que usted imagina.

Yates no comprendió el alcance de aquellas palabras, y dijo, orgulloso:

—Ya ve lo que la plata ha hecho por Denver y por mí... La ciudad y yo se lo debemos todo a la plata. ¡Podemos estarle agradecidos!...

—Pero a mí me interesa principalmente la producción futura...

—La producción futura está asegurada para muchos años. En las montañas de Leadville hay plata en cantidades enormes, inagotables...

—En las montañas de Leadville hay plata suficiente para levantar una muralla alrededor del Estado entero...

—Entonces, ¿por qué preocuparse de la producción futura?

—Precisamente por ese exceso de plata. Los defensores del oro dicen que hay demasiado metal blanco...

—¡Qué absurdo! ¡Nunca hay demasiado de algo que es bueno!

—Pues esté prevenido. Dentro de poco tiempo habrá una lucha titánica entre los defensores del patrón oro y los productores de plata.

—¡Pues que revienten los otros! —exclamó Yates en su ingenuidad, sin querer medir todo el terrible alcance de aquellas palabras, sin comprender la dolorosa tragedia que podían representar si eran proféticas, si llegaba, por desgracia, aquella lucha que Bryan le predecía.

—Usted no comprende que nuestro imperio descansa sobre la plata —siguió diciendo Yates Martin—. No logrará usted hacerme coger miedo.

—No vengo a amedrentarle; vengo para hacer un profundo estudio acerca de la producción futura de plata y prevenirle que tratarán, seguramente, de desmonetizar la plata nacional reduciéndola a la mitad, tal vez a menos aun de su valor actual.

—En este caso doblaremos la producción. Nuestras minas pueden dar toda la plata que nosotros les pidamos. ¡La cosa es muy fácil!

—Quizá no le parezca a usted

tan fácil dentro de breves días — le dijo el ingeniero, muy seriamente, queriendo convencer a aquel pobre hombre confiado en su suerte que no sabría prevenirse con tiempo de una posible bancarrota que le llevaría a la más absoluta ruina.

Yates Martin no quiso comprender aquellas palabras y despidió optimista a aquel mensajero de malas nuevas a las que no dió crédito alguno.

Pero pronto tuvo que rendirse a la evidencia, pronto vinieron los acontecimientos a demostrarle prácticamente la verdad de las palabras del emisario: pronto se encontró enredado en la avalancha de los acontecimientos que se precipitaron sobre él y le arrollaron, arrastrándole como a un guiñapo, como a un desecho, como a un juguete inútil, sin remedio, implacablemente.

Los periódicos trajeron, en letras capitales, el anuncio de que el gobierno del presidente Cleveland establecía el patrón oro. Se comentaba la desesperación del productor de plata, que se encontraba en un momento arruinado por aquella ley implacable y feroz. Se decía que era un absurdo implantar tan rápidamente el patrón oro; pero to-

dos tuvieron que rendirse a la realidad de los hechos y someterse a aquella ley que a unos parecía injusta y que a otros les pareció la salvación.

Yates Martin, que no entendía nada en cuestiones financieras y monetarias, continuó haciendo la misma vida, sin preocuparse gran cosa de los comentarios periodísticos, hasta que un día llegó a las oficinas de su Sociedad, y se encontró con que las puertas estaban cerradas y había enormes carteles en los que se anunciaba el cierre de la "Sociedad Martin y Compañía".

—¿Qué ha pasado? — preguntó a su gerente, que le esperaba en medio de la calle.

—Patrón, la casa está arruinada. La plata bajó a 48 centavos.

—¿Y eso qué importa? ¡Produciremos el doble!

—No es eso un arreglo oportuno para el momento. Los corredores exigen garantías y el Banco de Leadville ha quebrado ya.

—¿El Banco ha quebrado? Entonces, ¿qué es lo que pasa?

—Que su dinero no vale nada; que nadie quiere hoy plata; que se ha quedado usted sin nada de lo que tenía...

—¡Eso es absurdo!

—Absurdo, señor Martín, absurdo... pero cierto — le contestó el hombre, que tenía cariño a Yates y que se sentía compadecido de su situación.

Yates no acababa de comprender. Aquello le parecía una cosa irreal. ¿Por qué ayer era multimillonario y hoy cerraban la puerta su Banco y su Sociedad? Lentamente, atontado, sin saber dónde ir ni qué rumbo tomar, se dejó caer anonadado sobre un banco y dejó que transcurrieran las horas, sin darse cuenta de que el tiempo pasaba y de que en su casa Lily le esperaba con impaciencia.

Lily le esperaba. Le había esperado para la hora de la comida y, al ver que no llegaba tampoco, ella había comido. ¿Qué le pasaba a Yates? Por primera vez desde que se habían casado faltaba a la hora exacta. Lily no sospechaba tan siquiera el motivo de aquella tardanza. Se paseó inquieta y excitada, yendo a la ventana para atisbar la calle y calmar más pronto su inquietud si le veía aparecer de pronto en ella. Así, consumida por aquella zozobra, pasó la mañana y la

tarde, y hasta bien entrada la noche no llegó Yates a su casa.

Venía pálido, demacrado, envejecido en unas pocas horas. Miró a su mujer con aire idiotizado, se dejó caer en el sofá y sintió un decaimiento tan grande de todo su ser que cerró los ojos y se desvaneció.

—¡Pronto, agua! — gritó Lily a los criados.

Yates recobró en seguida el sentido y volvió a mirar a Lily con una mirada de suprema desesperación.

—¿Qué te pasa, mi vida? — le preguntó Lily, mimosa—. ¿Qué sucede? ¿Qué tienes? ¿Te sientes enfermo?

—No sé... no comprendo lo que pasa, Lily — dijo con desaliento Yates—. No comprendo cómo puede haber sucedido todo esto... Me lo han quitado todo, todo... Sólo me dejan la mina de Matchlessa... Mi propio Banco ha quebrado. La Sociedad ha cerrado sus puertas. Nadie me quiere dar ni un centavo...

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—No sé. Dicen que ahora la plata no vale nada. Que han establecido el patrón oro, porque en Estados Unidos había demasiada plata. Y ahora todos me reclaman dinero; todos dicen que les debo algo... Tie-

ne que haber una equivocación en todo esto... Tenía doce millones de dólares, y de pronto, por el capricho de un presidente, me quedo en la calle como el más miserable de los hombres...

Lily le miró compasivamente. Aquella mujer que se había casado con Yates Martin para satisfacer una ambición largo tiempo soñada, para ser dueña de una posición envidiable y ser admitida en la alta sociedad y codearse con los grandes personajes de la época, había acabado sintiendo un cariño casi maternal por su marido, que la colmaba de atenciones y que no veía más que por sus ojos y que la adoraba como a una diosa. Y al verle sufrir, al verle aniquilado por el destino, al verle víctima de una suerte implacable y cruel, sintió hacia él más amor, mayor ternura, una infinita compasión que la hizo acercarse al hombre que sufría y consolarle con sus besos dulces y sus caricias apasionadas...

Los primeros días, después de la inesperada catástrofe, fueron un agudo martirio y una constante humillación. Todo fueron llevándose los que se decían acreedores del Banco en quiebra y de la Sociedad

en bancarrota. Las propiedades de Yates Martin se las dividieron. Le despojaron de todo cuanto le había pertenecido hasta entonces. Vendieron sus muebles y sus joyas y la casa señorial en donde habían establecido su nido de amor, un nido regio, digno de Lily y digno de él...

Se quedaron sin nada, y la miseria alejó de su lado a los que hasta entonces se habían llamado sus amigos.

Todo Denver hablaba de la quiebra de Yates Martin. Todo Denver criticaba al caído, echándole en cara sus locos despilfarros, olvidando que muchos de ellos habían sido en favor del Estado, de la nación, del pueblo desagradecido que ahora le volvía la espalda y se burlaba de él.

A Yates Martin le costó mucho trabajo abandonar su casa. Vió cómo se llevaban, uno a uno, los magníficos muebles contruídos a su antojo y a su gusto. Vió marchar hasta el último cuadro clavado en la pared y él aun seguía allí, mirándolo todo con ojos atónitos, sin comprender aquel pobre hombre que había luchado tanto en la vida y que ahora, a las puertas de la vejez, se encontraba en el mismo lu-

gar de donde había salido: en la más espantosa miseria.

—Los dueños de la casa han traído sus muebles, señor — le dijo un día el último fiel criado que había quedado a su lado después de la desgracia.

—¡Ah!... — exclamó Yates—. Bueno, que los entrea... Eso quiere decir que definitivamente hemos de partir de aquí — preguntó, mirando a su criado, que bajó los ojos para no contestar.

Hubo un breve silencio. El criado se inclinó profundamente delante del ex senador, y le dijo:

—¿Necesita el señor más de mis servicios?

—No, mi buen Tom... Búscate otro empleo... Yo ya no puedo tener a nadie a mi servicio. Soy yo el que tendré que servir a los demás para ganarme un pedazo de pan. Han vendido cuanto yo poseía sin consultarme, sin darme ni un centavo del producto de la venta... No lo puedo comprender... Es de lo más raro... Diles a los nuevos dueños de la casa que ya pueden venir cuando quieran. Nosotros nos marchamos para siempre...

Yates Martin tomó del brazo a Lily, que estaba deshecha en llan-

to, y salió del palacio que había construido para ella sin saber, a punto fijo, dónde llevaría ahora a aquella mujer acostumbrada a todos los lujos y a todos los refinamientos.

Al salir a la calle se paraba ante ellos un magnífico carruaje tirado por un soberbio tronco. De él descendió una mujer elegantemente vestida, que se acercó a Yates, y deteniéndole un momento le dijo:

—Yates, ¿me conoces?

Era Sara, Sara, la esposa fiel, que conservaba intacto el amor a su esposo, amor sublime que había llegado hasta el sacrificio de dejarle libre para que pudiera unir su vida a la de otra mujer, a la de aquella que le había robado el cariño de su esposo.

Yates Martin miró a Sara, sintió que una oleada de orgullo le invadía y no quiso que su primera esposa le viera humillado, vencido. Con altanería le dijo:

—Sí te conozco. ¿Qué vienes a pedirme?

Sara fingió no sentir el dolor de aquel latigazo que le acababa de dar su antiguo esposo, el único hombre que la había hecho feliz durante algunos años, aun a pesar

de sus bravatas y de sus ambiciones, y con dulzura le replicó:

—Todo Denver sabe lo que ha ocurrido. No iba yo a cerrar mis oídos con cemento para ignorarlo... Sé lo que pasa y vengo, no a pedir, sino a devolverte lo que es tuyo... Tú me diste un buen capital. Yo lo he hecho trabajar y he tenido suerte: se ha multiplicado. Hoy soy rica y no me afecta la crisis de la plata, porque he sabido prevenirla. Y he pensado que quizás tú quieras aceptar ahora la parte que me diste... Ya ves que sólo vengo a restituir.

—¡Oh, Sara! — dijo Yates, fingiendo una serenidad que estaba lejos de sentir—. ¡Te han engañado! Es cierto que he perdido algún dinero con eso de la desmonetización de la plata... pero no creas que estoy arruinado. No necesito nada. La plata volverá a subir pronto, y además aun tengo la mina de Matchless... Y, aunque me la quitaran, tú sabes bien que siempre he sabido defenderme en la vida... No necesito la ayuda de nadie.

Sara bajó la cabeza... Reconocía a su marido, altanero y orgulloso hasta el punto de no confesar una verdad que era ya la comidilla de todas las gentes.

—Como tú quieras — le dijo, alargándole la mano para mostrarle que no le guardaba rencor—. Y si algún día necesitas algo, ya sabes que Sara es siempre la misma, que es la madre de tu hijo y que se conserva fiel a las promesas formuladas el día de nuestra boda...

—Gracias, Sara; siempre has sido muy noble. Gracias. ¿Y qué hace el niño?

—El niño ya es un hombre. Ha terminado su carrera y ahora se va a casar. El ha sido mi consuelo y mi apoyo. Te agradezco que lo dejas a mi lado... Te deseo muy buena suerte... ¡Adiós!

Sara volvió a subir a su coche y se alejó al trote de los caballos, que marcharon orgullosos calle abajo.

Yates la vio partir sin decir palabra, tomó de nuevo el brazo de Lily y siguió en dirección contraria, camino de lo desconocido.

CAPITULO IX

Yates Martín y Lily tuvieron que instalarse en una barracucha de las afueras de la ciudad. Habían pasado ya unos meses desde el desastre económico ocurrido a los productores de plata. Cada día el valor de la plata era menor, pero Yates no

perdía la esperanza de que aquella situación tuviera un término y de recuperar en poco tiempo todo lo que había perdido.

Lily esperaba confiada también en la buena suerte de aquel hombre que siempre le había guiado. La miseria no era el elemento de la gentil mundana, acostumbrada a vestir con elegancia y a vivir con refinamiento; pero esperaba, segura de que aquella situación era cosa temporal y de que volvería a brillar el cielo sereno sobre sus cabezas pasada aquella tormenta que les había reducido a una vergonzosa indigencia.

Lily lavaba la ropa y los platos, hacía la comida, cuidaba de la pequeña choza y se había convertido en una mujer del pueblo por sus trajes y su vida misérrima. Yates la contemplaba con dolor. El, que hubiera querido un trono para aquella mujer, estaba obligado a verla hacer las faenas más duras y penosas. Cada día salía a la calle en busca de trabajo o de noticias que trajeran un poco de esperanza a su espíritu, que comenzaba a turbarse y a sentir los efectos de aquella situación que se hacía insostenible.

Pero en Denver nadie conocía ahora al popular Yates Martin, el gobernador que tanto bien había hecho a la ciudad, al senador que había conseguido grandes mejoras para el Estado, al que fué el padre del pueblo y el apoyo de los desvalidos. Ahora que era él un miserable, ahora que era él quien necesitaba la ajena protección, ahora que le veían hundido y humillado, ahora todos le volvían la espalda, todos fingían ignorarle...

En la casa de Yates Martin comenzó a faltar hasta lo necesario... Yates había empeñado o vendido las pocas joyas que le habían dejado los insaciables acreedores, pero conservaba, como un recuerdo inapreciable de sus tiempos de prosperidad, la placa de plata con letras de oro que era su recuerdo de boda... Per nada del mundo hubiera él querido desprenderse de lo que apreciaba y quería más que a todos los otros objetos de que le habían despojado. Pero el hambre llamó a las puertas de la casa de Yates. Llegó un día en que no había pan en la casa, y Lily lloraba de hambre y de desconsuelo, y Yates no quiso ver sufrir a aquella pobre criatura, que esperaba a su lado a

que la suerte cambiara, sacó de su escondite la placa estimada, arrancó una a una las letras de oro que comentaban el día feliz en que se unió públicamente a Lily, en presencia del presidente de los Estados, y fué a venderlas, sacando de ellas unos pocos dólares que le sirvieron para retrasar por unos días la negra invasión de la miseria absoluta.

—¿Hay buenas noticias? — preguntaba Lily, ávida, cuando Yates regresaba al hogar, mustio y triste.

—No hay novedad. Todo sigue igual. Pero yo estoy seguro de que la plata subirá... Hoy sigue a treinta y siete... pero ya verás cómo la semana próxima comenzará a cotizarse más alta... Y entonces nuestra Matchlees volverá a producir una fortuna...

—Pero mientras siga establecido el patrón oro...

—Algún día el mundo igualará la plata al oro... Los Estados Unidos reconocerán de nuevo el valor de la plata y le concederán sus derechos.

—Pero ¿y entretanto?

—Ten fe en mí, Lily, ten fe en mí... ¡y nos enterrarán juntos en ataúdes de plata!

—¡Eres el hombre más optimista que ha existido en el mundo!

—Sólo una cosa me da miedo y me sobrecoge, Lily... ¡pensar que tú puedas abandonarme! ¿Verdad que tú no me abandonarás nunca, Lily?

—¡Naturalmente que no, mi vida! —dijo Lily, sin gran convencimiento.

La miseria comenzaba a pesarle como algo insoportable. Aquella vida alejada de la sociedad, humillada por todos, misera y sórdida, no era para ella, mariposa de luz acostumbrada a lucir sus galas en salones y paseos, a ser admirada por todo el mundo y a vestir con una suprema elegancia. No podía acostumbrarse a verse con aquella batita de percal, rota y remendada, ni podía seguir llevando aquella vida de esclava, embruteciéndose en los quehaceres domésticos y comiendo un meodrugo de pan y pensando que pronto ya ni eso podría llevarse a la boca...

Sentía mucha lástima por aquel hombre vencido, pero también sentía lástima de sí misma, que del pínaculo de la gloria había sido lanzada súbitamente a la más sórdida de las miserias.

Lily había tomado su partido,

pero no quería confesarlo a Yates: quería que él confiara en ella y que el amor de ella le sostuviera hasta el último instante, hasta que se convenciera de que la miseria era definitiva y de que ya no volverían los tiempos espléndidos que habían pasado.

Yates la besó en la frente y le dijo:

—Mientras estés a mi lado tendré alientos para luchar... Verás cómo pronto saldremos de esta situación.

—No lo dudo; pero, mira, el casero ha venido ya cinco veces y dice que si no le pagamos nos echará a la calle. Le debemos dos meses de alquiler.

—¿Cuántos dólares le debemos?

—¡Sesenta!

—Pues yo te los traeré antes de la noche, mi vida. ¡Verás cómo Yates sabe aún luchar y triunfar! ¡No en vano es Yates Martín el minero que llegó a senador!

Yates salió decidido a no volver a su casa hasta encontrar los sesenta dólares que le había pedido Lily para que no los sacaran de la casa y tuvieran que dormir bajo los pórticos de la calle.

Marchó a lo largo de las calles,

mirando a los rostros de los transeúntes, todos gentes conocidas que ahora desviaban la vista cuando tropezaban con la suya para no tener que saludarle siquiera. Espiaba todas las miradas, tratando de encontrar en alguna de ellas benevolencia y compasión para el caído, pero nadie le mostró ni el más ligero asomo de piedad.

Fué, como un perro abandonado y hambriento, siguiendo la huella de los que antes se humillaban ante él y ahora le escupían al rostro su desprecio y su indiferencia.

Yates estaba envejecido, canoso el pelo, encorvado el cuerpo, débil el caminar, la mirada opaca y vidriosa. El cansancio de una vida ruda, de lucha constante y encarnizada, seguido de aquella hecatombe que era la ruina de todas sus labores de tantos años y el aniquilamiento de todas sus actividades, le había dejado en un estado lamentable de decrepitud física y moral, que contrastaba violentamente con la fuerza que hasta entonces había tenido, fuerza de voluntad y de cuerpo que le había encumbrado por encima de sus conciudadanos desde los tiempos ya remotos en que había salido de Kansas con la

fiel Sara en busca del soñado vellocino de oro.

Convencido de que en la calle no encontraría a nadie que quisiera reconocerle y ayudarle, se dirigió al edificio del Senado, en donde, antes, cuando él entraba, todas las miradas convergían en él, todos los rostros se iluminaban de curiosidad y de admiración y todas las sonrisas le daban la más cordial bienvenida.

Ahora nadie reparó en Yates Martin. Se acercó a los distintos grupos, que no cesaron de charlar alegremente, sin dar importancia a la presencia del que ahora les parecía un intruso impertinente.

Yates, entristecido, defraudado, desesperado, iba a retirarse, cuando vió, sentado en una butaca leyendo su periódico, a un senador que le había mostrado siempre muy buena amistad y que le pareció estaría propicio a escuchar sus cuantas. Se acercó a él y le dijo, por lo bajo:

—Senador, ¿podría usted prestarme cien dólares por unos días?...

El interpelado no levantó la vista de su periódico e hizo con la cabeza una señal negativa.

Yates no insistió. Más encorva-

do, más viejo aun que cuando había entrado, abandonado ya por la última esperanza, iba a salir a la calle cuando el senador le miró, le reconoció y corrió a él, deteniéndole por el brazo:

—¡Señor Martin!— le dijo—. Perdóneme, no le había reconocido. ¡Está usted tan cambiado!...

—Sí, las penas envejecen y la ingratitud de los hombres aniquila... Ya nadie quiere conocerme... Creí que usted tampoco quería saber quién era yo... Pero veo que, en realidad, no me conoció.

—¡Por mi vida, se lo aseguro!... No sabía que era usted el que me hablaba. Siéntese junto a mí y charlaremos un rato. Perdóneme y dígame lo que desca.

—Por el momento, poca cosa: sesenta dólares para poder pagar al casero; a cambio de ellos yo le haré el servicio que usted me pida.

—Se los presto, señor Martin, y cuando usted vuelva a abrirse paso en la vida, me los devolverá. Le doy quinientos por si tiene alguna otra necesidad perentoria.

—Gracias. Estoy estos días un poco apurado; pero confío en que todo se arreglará pronto.

—¡Quién sabe!... Y, entretanto,

¿no le gustaría a usted tener un empleo que le quitara de delante la amenaza de la miseria, mientras esa crisis que le afecta no se resuelve?

—¿Un empleo? Lo he buscado en vano. Soy buen conocedor de los asuntos de minería; pues bien, nadie me quiere dar trabajo... ¡Ojalá encontrase dónde trabajar, dónde ganar unos dólares que nos aseguraran el sustento!

—Yo quizás le pudiera proporcionar algo, señor Martin. ¿Le gustaría ser jefe de Correos de Denver?

—¿Jefe de Correos? ¡Ya lo creo! También entiendo en esas cosas, porque fui jefe de Correos de Leadville...

—Pues delo por hecho. Soy muy amigo de Mokinley y él se lo arreglará fácilmente.

—Pero ¿es posible que eso sea verdad? —preguntó Yates, con una alegría infantil, una alegría que casi se asemejaba a la que mostraba siempre en sus tiempos de opulencia.

—Puede usted contar desde ahora con el nombramiento.

—¡Oh, gracias, gracias, senador! ¿Cómo se lo voy a agradecer?

—No tiene nada que agradecer-

me. Denver debería estar orgullosa de tener hombres como usted. Y Denver reconocerá algún día lo que usted ha hecho por ella... Hombres como Yates Martin no se producen en todas las generaciones, y sus conciudadanos acabarán por hacerle justicia.

—Gracias, senador. Me voy corriendo a dar la buena nueva a mi mujer. ¡Se pondrá tan contenta!... ¿No recuerda usted que fui yo el que regaló el terreno para la construcción del edificio de Correos?... Trabajaré en mi propio dominio. ¡Qué feliz soy!

Yates Martin salió entusiasmado y, enderezando un poco su figura, apresurando el paso, que ya no parecía tan débil, se encaminó a su casa para que Lily participara de su alegría sin límites.

Le extrañó encontrar la puerta abierta. Lily jamás la dejaba abierta, y siempre salía a abrirle al escuchar en la escalera el ruido de los pasos de su marido. ¿Estaría enferma? Yates empujó la puerta y penetró en la casa, gritando:

—¡Lily!... ¡Lily!...

Sólo el eco devolvió el sonido de su voz, pero no contestó a ella la voz armoniosa de Lily ni asomó

su rostro expresivo ni vino a darle el beso de bienvenida, como solía hacer siempre. ¿Dónde estaría escondida?

Yates penetró en la habitación, miró, buscó... ¡Nada! El silencio más absoluto, la más absoluta soledad le rodeaban y le hacían sentir en el corazón un extraño frío que le helaba todo su ser.

¡Lily se había marchado!... Sus promesas de no abandonarle en aquella ocasión terrible, de prueba, habían sido falsas... Yates sintió un dolor agudo en su alma. Le pareció que el cielo se nublaba y que el mundo iba a acabar. Todas sus ilusiones se desvanecían como el humo en un solo momento. Había creído en el amor de aquella mujer, y en un instante veía claramente que todo era mentira, que todo había sido un engaño abominable.

Se desplomó sobre una silla y, como el día en que supo de pronto que toda su fortuna acababa de desaparecer, dejó correr las horas sin darse cuenta de que el tiempo pasaba, de que las horas huían, de que llegaba la noche y amaneceía un nuevo día y volvía el crepúsculo a llenarlo todo de sombras y misterio.

¿Cuánto tiempo permaneció Yates en aquel estado de inconsciencia? Nunca hubiera podido precisarlo. Cuando se sintió un poco más fuerte salió a la calle y recorrió calles y plazas como un sonámbulo, sin saber dónde encaminar sus pasos, sin conocer qué dirección debía tomar ni qué rumbo debía seguir.

Los transeúntes le miraban, le reconocían, volvían la cabeza después que él había pasado y comentaban ya tristemente el estado en que se encontraba aquella víctima del destino.

Yates paseó por las grandes avenidas que habían surgido al influjo del impulso que él diera a la población, visitó los edificios que se habían construido mientras él fuera gobernador de Denver, los acariciaba con la mirada, se acercaba a ellos, tocaba sus paredes con suavidad, como hubiera tocado la mano delicada de un ser enfermo al que hubiera amado.

Luego se encaminó al teatro de la Opera. Aun ostentaba en su frontispicio la inscripción que recordaba elocuentemente quién había sido el Mecenas que había costado la obra. Yates miró aquel edificio

que con tanto amor había hecho edificar, y, sin saber lo que hacía, penetró en él.

La gran sala estaba vacía. Yates la recorrió lentamente, mirando a todas partes. Su mente extraviada le hizo revivir aquella noche célebre de la inauguración. Vióse a él mismo en el palco que se había reservado. Vió de nuevo al general Grant que le escuchaba un poco distraído. Vió otra vez el rostro luminoso y bello de Lily que le mandaba un beso con la punta de su abanico. Vió a la multitud ansiosa y entusiasmada que le aclamaba con afán y, llevado por aquella visión pasada, impulsado por una fiebre extraña, Yates marchó hasta el escenario, llegó hasta las candilejas, y dirigiéndose a aquel público imaginario, comenzó a decir con la voz temblorosa, con palabras entrecortadas, vacilando sobre sus pies, que apenas le sostenían :

—¡Señoras y señores!... Denver se ha convertido en una metrópoli de treinta mil habitantes... Hoy cuenta con un teatro digno de su cultura... Y aun voy a hacer más por mi amada ciudad, voy a comprar muchos terrenos y cederé la mitad de ellos al Estado para que

construya la mejor oficina de Correos de todos los Estados Unidos...

El esfuerzo que representó para el pobre calenturiento pronunciar aquellas palabras debió romperle en el corazón algo que le causó un agudo dolor, porque se llevó la mano al pecho y dió un alarido:

—¡Socorro!... ¡socorro!... No puedo más!...—gimió; y se desplomó sobre el pavimento.

A sus gritos acudieron unos empleados del teatro que le reconocieron en seguida y le prestaron sus auxilios, trasladándole a la casa de socorro más cercana.

Pero Yates había fallecido víctima de una angina de pecho fulminante.

El Gobierno fué bastante generoso para costearle un entierro, sino digno de lo que había sido Yates Martín en vida, lo bastante bueno para que no se fuera a la otra vida abandonado y solo como le habían dejado vivir últimamente.

La población de Denver le rindió un postrer homenaje acudiendo en masa a presenciar el desfile de los restos del que había sido un Mecenas, un padre para el pueblo, un padre generoso y ciego que había

sacrificado todo para el bienestar de su pueblo.

Encerrado en sencillo ataúd, marchó Yates Martin a descansar en el sueño eterno que había de darle el ambicionado reposo.

En el cementerio, los representantes del Gobierno hicieron unos discursos en los que malgastaron muchas palabras que, convertidas en hechos cuando Yates Martin pertenecía aún al mundo de los vivos, le hubieran ahorrado muchas horas de dolor y de amargura.

Flores, muchas flores, cubrieron su tumba. Grandes coronas que le regalaran en la hora postrera los que hubieran podido ayudarle cuando aun era tiempo y a los que el remordimiento les había hecho compensar ahora, con la banal oferta de un gran ramo de flores que al día siguiente no serían más que ceniza, todas las injusticias que habían cometido con el que ya había desaparecido para siempre.

A Yates Martin le acompañó hasta el sepulcro la consideración y la estima de un pueblo que había sido con él lo bastante ingrato para dejarle morir abandonado y pobre. Pero, ¿le acompañó el amor? ¿Le acompañó hasta el último des-

canso el sentimiento que le había acompañado en vida?

En el fondo del cementerio, recatadas en la sombra, dos figuras enlutadas de mujer contemplaron, ocultas bajo sus largos crespones de luto, la ceremonia fúnebre, conteniendo los sollozos que les desgarraban el pecho.

Cuando se cubrió con la última paletada de tierra la tumba donde quedaba Yates Martin y se hubieron alejado de aquel lugar los que vinieron a acompañar al cadáver y a rendirle el último homenaje de amistad al caído, las dos mujeres se acercaron al sepulcro, depositaron las flores que para él habían traído, se miraron un momento y, unidas por un mismo dolor, compenetradas por un mismo sentimiento, sin despegar los labios, sin decirse ni una palabra de reproche ni de consuelo, se dieron un doloroso apretón de manos en el que quedó condensado todo el desconsuelo que en aquel momento desgarraba sus pechos.

Así Sara y Lily, la esposa dulce que había acompañado a Yates en sus años de lucha y de miseria y la amante frívola que le había llevado de la mano en sus horas de triunfo

y de poderío, se sintieron igualadas por aquel mismo dolor y, enemigas irreconciliables mientras vivió él, se unían ahora que él había desaparecido en un estrecho abrazo de amistad y de mutua comprensión ante la tumba del hombre al que ambas, de muy distinto modo, habían amado con toda la fuerza de sus almas de mujer, alma sencilla y bondadosa la de la primera, al-

tiva y orgullosa la de la mundana, pero al fin y al cabo, mujeres las dos, almas llenas de un noble sentimentalismo que purificaba en aquella hora suprema de la muerte todas las impurezas y las convertía en algo sublime y glorioso, en algo celestial que se marchó con el muerto a acompañarle hasta los umbrales de la eternidad.

FIN

Próximo número:

LA PRODUCCIÓN NACIONAL

SOBRE EL CIENO

¡SENSACIONAL NOVELA!

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Ediciones ideales

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en pape
touché.

Precio: 50 cts.

El film de hoy

32 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.

Postal-regalo.

Precio 50 cts.

EL SOBRE MOJICA

Conteniendo una novella de cine completa con su correspon-
diente postal, a 15 cts.

Cowboys y Detectives

Anuarios de emoción, completos, inmejorable presentación y
excelente texto, a 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
350 títulos publicados.

Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA





E. B.

Tratado 50%

Precio: Una peseta